

ENTORNO DEL TURISMO

PERSPECTIVAS

Volumen 2

Compiladores

Maribel Osorio García
Gerardo Novo Espinosa de los Monteros

Este libro fue positivamente dictaminado
conforme a los lineamientos editoriales de la
Secretaría de Investigación y Estudios Avanzados.

1a. edición 2007

D.R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100 ote.
C.P. 50000, Toluca, México
<http://www.uaemex.mx>

ISBN: 970-757-020-2

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Edición: Dirección de Difusión y Promoción de la
Investigación y los Estudios Avanzados

El contenido de esta publicación
es responsabilidad de los autores.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido
de la presente obra, sin contar previamente con la autorización
por escrito del editor en términos de la Ley Federal del Derecho
de Autor y en su caso de los tratados internacionales aplicables.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

LA MODERNA
CULTURAL
Marcelino

EL TURISMO
CULTURAL
Guillermo

EL TURISMO
Maribel

IMPORTANCIA
LA EMPRESA
VALLE DE T
Eva E. Noya

OPORTUNIDAD
EN EL EJIDO
Y FALTA DE
BAJA CALIF
Nora L. Berra

SECTOR PR
DE VALDIA
EN TURISMO
Irma Luz R

EL PERFIL
MODELO DE
Laura Peña

TRAYECTORIA

SECTOR PRIMARIO, SUSTENTABILIDAD Y TURISMO. EL PROBLEMA DE VALORACIÓN DE LOS RECURSOS NATURALES Y CULTURALES EN TURISMO

Irma Luz Ramírez de la O

Introducción

Intentaremos aquí una conexión entre la categoría *sector primario*, el tema de la sustentabilidad, y ciertas perspectivas del turismo. El meollo de esta conexión radica en la dimensión analítica de dicha categoría, la cual, suponemos, puede adaptarse a otras disciplinas aunque no forme parte de su lenguaje específico. Este pequeño artificio nos permite conectar las problemáticas económicas del sector primario con problemáticas de otras disciplinas, a través de la *desvalorización* de todo lo que se extrae o produce en ese rubro. Habría dos razones generales para establecer la importancia de esa desvalorización cuando se habla de sustentabilidad en el turismo: a) los bienes producidos en o extraídos del sector primario, incluyen el patrimonio natural y cultural de las naciones y del mundo, y b) la desvalorización de estos bienes se relaciona con su dispendio o destrucción, y habría que atacar el mecanismo que favorece esta situación.

En general, entre los economistas hay acuerdo en que el problema de degradación de los recursos naturales se relaciona con su "falta de precio", pues al no tener un valor atribuido en el mercado, no existe su "reflejo" en las transacciones corrientes ni futuras. En cambio, pareciera que el argumento en sentido inverso conllevaría una serie de riesgos o inconvenientes o no tendría la solidez suficiente; es decir, no resulta fácil aceptar que forzosamente se requiera un precio para corregir esta falla, o que el precio sea la única forma de valorar esos recursos. Aquí se propone que es necesario incorporar, en el tratamiento del valor de los recursos naturales, una *valoración simbólica*, y que podrían integrarse, además, los recursos culturales, que también son parte de la experiencia turística.

Metodología

Se partirá de un tema manejado por los economistas: las interrelaciones entre el sector primario y otros sectores, y se irán incorporando temáticas relacionadas para tratar de integrar un *sistema* que enlace los diversos elementos teóricos. Para ello nos basaremos en dos opiniones. Según García (1994), en la teoría de sistemas complejos, las interacciones entre la totalidad y las partes no pueden analizarse fraccionando el sistema, sino encontrando su articulación. Ya que las distintas disciplinas se han ido definiendo históricamente y han ido estableciendo fronteras arbitrarias, se requiere

un trabajo interdisciplinario para interpretar una realidad compleja. En este caso, no se parte de una definición de interdisciplinariedad *in-abstracto* que luego se aplica a un objeto de estudio, sino que primero se define el objeto y luego se plantea cómo estudiarlo de acuerdo con las características del sistema complejo, las cuales determinan, en buena medida, las condiciones metodológicas. Según Gutman (1994), al abordar los problemas del desarrollo sustentable, tendríamos que preguntarnos cuáles son los conflictos entre la racionalidad económica y la conservación del ambiente, o revisar qué tendría que cambiar. La perspectiva económica es útil en el reconocimiento de los factores económicos, de la esfera de la producción y del consumo, pero para dar aportes en el tratamiento interdisciplinario de sistemas complejos, habría que agregar la identificación de las variables o procesos económicos relevantes, pues la justificación no estaría dada sólo en términos del propio análisis económico, sino en su capacidad heurística para clarificar relaciones entre procesos económicos y ecológicos.

Aquí se considera que la teoría económica está en crisis, y que hay necesidad de reconstruirla (Bejarano, 2002: 151), pero de acuerdo con los dos autores anteriores, también se considera que la percepción económica es útil en el reconocimiento de factores, variables o procesos. En nuestro caso, se intentará un ejercicio interdisciplinario que nace de un problema teórico-práctico en el campo del turismo, en el que se han detectado dificultades importantes con los enfoques meramente económicos que, sin embargo, parecen ineludibles para la clarificación de la valoración de los recursos naturales y culturales involucrados en la experiencia turística. Este problema es cómo tendrían que valorarse los recursos naturales y culturales en la experiencia turística, toda vez que se detecta un fuerte conflicto entre la racionalidad económica y la conservación del ambiente, y una falta de valoración al ocurrir su dispendio o destrucción.

El turismo es un objeto de estudio que cruza los campos disciplinares (Santana, 1997: 16), y en la medida en que su conceptualización, planeación o desarrollo incorporan una gran diversidad de relaciones, además de las económicas, puede tratarse como un sistema complejo en el que encontramos numerosos conflictos entre los enfoques meramente económicos y los basados en una noción de sustentabilidad. La finalidad aquí sería entonces, en un intento de integración disciplinaria –y tratando de puntualizar tales conflictos–, llegar a una conexión entre el sector primario y la temática de sustentabilidad, para luego pasar de esta última, a una conexión con el turismo, considerando nuestro objeto algunos aspectos que siendo parte de la problemática del sector primario, cabría considerar en la temática de sustentabilidad cuando se trata de turismo.

1. Sector primario

Una forma de iniciar el abordaje del problema consiste en partir de una explicación general que incluya tanto el flujo físico de recursos naturales, como el mecanismo de su desvalorización. Podemos basarnos en la explicación de Naredo y Carpintero (2004: 20-21):

En todos los procesos llamados de *producción* la revalorización unitaria operada desde las materias primas hasta el producto ha de ser mayor que el coste físico unitario y [...] esta asimetría entre revalorización monetaria y coste físico se acentúa a medida que los procesos avanzan hacia la venta final del producto. Si a esta regla general del comportamiento económico se añade la creciente especialización comercial, que posibilitó a escala planetaria el abaratamiento del transporte y la comunicación a larga distancia, el resultado lógico inevitable es la dominación económica y la explotación ecológica de los territorios, países y poblaciones abastecedores de materias primas, por aquellos otros que se ocupan de las etapas finales de elaboración y comercialización de los productos [...] El proceso general de valoración y facturación de costes se inicia con la actividad extractiva o recolectora que toma los recursos naturales a precio cero para poner en venta un producto primario. Esta actividad debe ya facturar el producto a un precio que le compense holgadamente de los costes unitarios de extracción, recolección y transporte en los que incurrió, iniciándose la creciente asimetría entre valoración monetaria y coste físico en la cadena de procesos que van hasta la venta del producto final.

Esta revalorización es llamada por los autores la "Regla del Notario", y orienta las mayores valoraciones hacia países, empresas y personas ocupados en las fases finales de los *procesos de producción*; acentúa los desequilibrios (la polarización social) "Norte-Sur", "ciudad-campo" y "ricos-pobres", y favorece el deterioro ecológico. Pero además, evidencia que el "desarrollo" es un bien "posicional": "[...] ya que se logra al encaramarse los países, las ciudades [...] o las empresas en los tramos de mayor valoración por unidad de coste físico de la 'curva del Notario' [...]" (Naredo y Carpintero, 2004: 23).

Entendemos esta revalorización como una secuencia de valores agregados sucesivos durante el recorrido materia prima-consumo, funcionando gracias a la superación de la valoración anterior en cada fase del proceso de producción. De este modo, la valoración económica podría representarse en forma simple como una secuencia de lo menos valorado (fases iniciales) a lo más valorado (fases finales):

Diagrama 1
Fases del Proceso de Producción



Algunas aportaciones demuestran que la ley del valor y la *superexplotación* del trabajo también explican las asimetrías intersectorial y laboral de la organización económica. Se considera que el motor de la globalización está determinado por la generalización de la ley del valor; que presenciamos una etapa de extensión y profundización de esa ley (acompañada de apertura de mercados, superexplotación y precarización del trabajo), y que hay relación entre desigualdad, polarización y desvalorización de la fuerza de trabajo (Sotelo, 2004).¹ También se sostiene que la fuerza de trabajo experimenta una caída permanente de sus precios en relación con su valor, y esta desvalorización se relaciona con prolongación de las jornadas, aumento en la intensidad del trabajo, reducción del tiempo de trabajo mundial necesario con tecnología y conocimientos, transferencia de plusvalía a los países centrales, etc. (Martins, 2004). Estas opiniones son descriptivas de los procesos polarizadores, y particularizando con respecto a grupos económicos del sector primario, la operación de la ley del valor ha tenido como una de sus consecuencias:

[...] la aceleración de la disolución de las comunidades y sociedades del trabajo en el seno de procesos de autoconsumo, tal y como ocurre con las sociedades cooperativas o con las comunidades indígenas, cuya existencia está amenazada por la acción voraz del neoliberalismo y la globalización [...el Plan Puebla Panamá] pretende crear un gigantesco corredor de maquiladoras para asalariar, a bajísimos costos y altas tasas de superexplotación, a la fuerza de trabajo supernumeraria. Fuerza que debe ser desposeída de la tierra y de sus pertenencias que la atan a procesos colectivos de producción y a sus comunidades: una nueva y auténtica acumulación originaria de capital (Sotelo, 2004: 185).

¹ Sotelo (2004: 184) define la ley del valor en el capitalismo como la determinación del valor y del precio de las mercancías, en función del tiempo de trabajo socialmente necesario. Con esta determinación, la electricidad, el petróleo y la tecnología en general, acortan el tiempo de trabajo socialmente necesario y desplazan fuerza de trabajo.

No ol
solían
una in
de val
en la c
interse
como
person
de los
o nul
primari
juego d
a los bi
desvalo
que no

Esto con
valor de
en el ser
los que s
de las de
trabajo.
todos los
"dinámico
frente a la
dentro de
haciendo
mercados
frente a la
indiscrimi
(Toledo, 1

Pero aun
efectivame
la "Regla
su correspo
directriz d

² Al parecer, e
fisiocráticos,

No obstante la claridad de estas explicaciones, para los países "en desarrollo" que solían tener abundantes e intocados recursos naturales, la "Regla del Notario" cobra una importancia especial, porque encierra la explicación de la repercusión de la cadena de valoración en la devastación de dichos recursos, además de describir las asimetrías en la división nacional e internacional del trabajo y en los términos de intercambio intersectorial; describe, pues, una asimetría general que incluye a los recursos naturales como punto de partida. Al hablar de los procesos de producción, la Regla incluye personas, empresas, sectores, territorios y países, pero parte de la desvalorización de los bienes primarios, los cuales tendrían, al inicio de dichos *procesos*, valores bajos o nulos.² De aquí se generaría un *diferencial* entre los valores generados en el sector primario (incluyendo el de la fuerza de trabajo) y los del resto de los sectores, en un juego de *posicionamientos relativos*. Y mientras ocurre la adición de valores agregados a los bienes primarios, se da un *desplazamiento* de la valoración, simultáneo a una desvalorización de países, sectores, ramas, grupos sociales, actividades o personas, que no logran ubicarse (o "encaramarse") en las posiciones más "dinámicas".

Esto concordaría con lo que algunos economistas han llamado "transferencias" de valor del sector primario a otros sectores (o bien, es otra forma de plantear lo mismo), en el sentido de que los bienes provenientes de este sector se trasladan a otros en los que se valorizan, e incluso "financian" los crecimientos en otros sectores, a través de las desventajas mercantiles relativas de los recursos naturales o de su fuerza de trabajo. Y de algún modo, esto explicaría que el subsector campesino en México (con todos los recursos que implica) haya resentido esta situación como subsector menos "dinámico" del sector primario; como parte del sector primario menos "dinámico" frente a los sectores secundario y terciario, y como parte del sector menos "dinámico" dentro del conjunto de países menos "dinámicos" en el conjunto mundial. De aquí que haciendo referencia a los productores rurales, se hable de una gran *deformación* de los mercados nacionales e internacionales, que coloca a la producción rural en desventaja frente a la urbano-industrial y de servicios, lo cual, sumado a la apertura comercial indiscriminada, resulta en su sometimiento y en la reducción de su rentabilidad (Toledo, 1996: 85).

Pero aunque el inicio de este juego de posicionamientos podría remontarse efectivamente hasta la acumulación originaria, el funcionamiento en la actualidad de la "Regla del Notario" exige la vigencia de un mecanismo económico que tendría su correspondiente fundamento en una teoría, si tal teoría ha de considerarse una directriz de la organización económica. En relación con los recursos primarios,

² Al parecer, en alguna medida, este planteamiento nos regresa a ciertos postulados ricardianos e incluso fisiocráticos, como se verá en los párrafos siguientes.

muchos economistas se abocan al estudio detallado de los elementos constitutivos, fundamentos o supuestos de la teoría neoclásica, y un tema importante es la búsqueda de los momentos en la historia de la teoría, en que ocurrieron los cambios cualitativos en el tratamiento de los recursos naturales que hicieron abstracción de su valor, de su insustituibilidad y de los costos ambientales, que quedaron como *costos ocultos*. Al parecer un giro sustancial tuvo lugar después de David Ricardo, ya que la economía neoclásica –a diferencia de la tradición ricardiana– ha postulado que la tierra, el capital económico y los recursos naturales eran “sustitutos”, por lo que no importaba su sobreexplotación o agotamiento (Quadri, 1996: 133-134).³ Hubo entonces un momento crítico en que se perdió la posibilidad de un planteamiento teórico económico que incorporara el costo ambiental:

Esta diferencia [entre la economía clásica y la neoclásica] es crucial porque explica, en parte, la ausencia de un planteamiento ambiental en la ciencia económica durante el siglo XIX y principios del XX. Tenemos entonces que los clásicos [...] siguen aceptando la existencia de límites impuestos por la naturaleza a la acumulación de capital. Ya durante el siglo XIX, los avances en la productividad agrícola condujeron al abandono de la visión clásica sobre la sustentabilidad. El uso de los fertilizantes químicos, irrigación por bombeo, equipos motorizados, permitió salvar el obstáculo de los bajos rendimientos, asegurándole al sistema productivo una expansión aparentemente ilimitada. La noción de que la tierra podía ser efectivamente sustituida por el capital llegó a convertirse en un axioma aceptado [...] Otro factor que sin duda influyó [...] fue el desarrollo del sector financiero [...] el cual, por lo menos en apariencia, crea valor sin necesidad de la intervención de ningún elemento natural. A partir de ahí, la ciencia económica se emancipa de las limitaciones naturales... (Quadri, 1996: 136).

Esta característica teórica origina las críticas más importantes a la economía, una de ellas, la confrontación entre la racionalidad económica y la racionalidad ambiental y la necesidad de integrar los costos ambientales a las cuentas nacionales (Leff, 1996: 103). Otra va en el sentido de que se trata de un sistema de creencias en persecución de un crecimiento ilimitado y desconociendo los límites naturales, un modelo simplista anclado en el supuesto engañoso de sustituibilidad perfecta de los factores productivos, y con una confianza ciega e ilusa en que la tecnología lo puede todo (Elizalde, 2002: 388).⁴ Ante esto, se propone la necesidad de pasar de una economía

³ Ricardo Quadri (a diferencia de los fisiócratas) incorporó en sus planteamientos no sólo a la tierra, pues habló del viento, agua y atmósfera como “dones” o “servicios” de la naturaleza, lo que en opinión del autor es una referencia a los bienes y servicios ambientales que la naturaleza presta gratuitamente. De aquí: “Ricardo concluye que la naturaleza no es la fuente del valor, sino el trabajo” (1996: 135).

⁴ La teoría de la producción (neoclásica) se basa en la combinación de sus factores (tierra, trabajo, capital), suponiendo que son sustituibles entre ellos. Además de esta sustituibilidad técnica, también existe la sustituibilidad de unos bienes por otros (Samuelson, 1980). El problema del supuesto de tales factores

ignorante de la interdependencia de todos los aspectos de la vida, a una que se base en ella, por lo cual la economía ecológica sería un regreso a las *raíces clásicas* de la economía, desde aquel punto en que la economía y otras ciencias estaban integradas (Costanza *et al.*, 1999: 5). Y en el texto de Martínez Alier y Schlüpmann (1997: 34), se encuentra una semejanza entre la Regla del Notario y la crítica ecológica de la economía, cuyo enfoque:

lleva a una reconsideración de la *staple theory of growth* (que explicaba el crecimiento de países excoloniales por la exportación de materias primas y alimentos) [...] y da nueva vigencia a la teoría del subdesarrollo como fruto de la dependencia. Esta dependencia está expresada no sólo en la infravaloración de la fuerza de trabajo proporcionada por los pobres del mundo, ni tampoco meramente en la relación de intercambio en términos de precios, sino en un intercambio ecológicamente desigual [...] entre "productos" (como el petróleo y el gas de México) de imposible o larga reposición, y productos de rápida fabricación.

En cuanto al enfoque marxista, ha sido también cuestionado por hacer abstracción del valor de los recursos naturales, ya que aunque resaltó los temas de distribución justa, la teoría laboral del valor descuidó la contribución de la naturaleza y tiene alguna responsabilidad en la destrucción ambiental (Costanza *et al.*, 1999: 40). Otros puntos son: a) el materialismo histórico develó las causas de explotación social y de la naturaleza, pero no superó la propia historicidad de la teoría del valor, la cual desplazó el concepto fisiocrático de la naturaleza como fuente originaria de valor; b) hay una desarticulación entre las condiciones de producción de valor y el proceso de desarrollo de las fuerzas productivas (naturales y tecnológicas), de modo que éste último aparece *externo* a la producción de valor; c) efectivamente el capitalismo somete a la naturaleza a la lógica del mercado, pero eso no anula los procesos organizativos y productivos de la naturaleza, ni los sentidos de las culturas (Leff, 2004: 1-43).

La pertinencia de estas objeciones se aclara actualmente: hoy hay evidencia de que el capital ecológico remanente es un factor restrictivo más importante que el capital económico (Quadri, 1996: 133). Pero no siempre fue así, como lo demuestran los

como altamente sustituibles, lo explican muy bien Costanza *et al.*: dado este supuesto, se ha hecho a un lado la idea de un factor limitante, pues si los factores se sustituyen (no se complementan), entonces no hay ningún factor limitante. Ahora bien, la productividad del capital hecho por el hombre está cada vez más limitada por la reducción del capital natural complementario, de modo que podríamos preguntarnos ¿de qué sirve un aserradero sin un bosque? ¿una refinería sin petróleo? ¿un barco de pesca sin peces? Esto indica una complementariedad [y no una perfecta sustituibilidad] entre el capital natural y el capital hecho por el hombre, y más allá de cierto punto en la acumulación del segundo, el factor limitante sobre la producción es el capital natural restante (1999: 94).

autores de la denominada *economía ecológica*. Es decir, aunque muchos supuestos habían sido ya cuestionados de una u otra forma, por alguna razón no era contundente la importancia de los cuestionamientos, de modo que los teóricos economistas desoyeron diversas objeciones y las fueron eliminando sin haber satisfecho sus implicaciones. Por ejemplo, cuando P. Geddes consideró que la cantidad neta de un producto final podía ser increíblemente pequeña en relación con la cantidad bruta de producto potencial, ponía en tela de juicio varios supuestos, como en los casos siguientes: a) las enormes pérdidas de materiales y energía cuestionan la eficiencia y enfatizan el dispendio de los procesos de producción; b) tales pérdidas no eran contabilizadas por los economistas, lo que supone una contabilidad incompleta; c) Geddes sí incluyó dichas pérdidas en su propia contabilidad, de modo que podría decirse que el producto final no era en absoluto un "valor añadido", sino sólo el valor sobrante de la energía y materia disponibles al principio, luego de haber pasado por todas las etapas del proceso de producción (Martínez y Schlüpmann, 1997: 121).⁵

Sin embargo, la desvalorización de los recursos naturales, a través de los procesos de producción, tuvo que pasar también por la desvalorización de aquellas actividades y productos que con el tiempo se fueron haciendo *relativamente* menos "dinámicos", como sucedió en Europa. En Latinoamérica, tuvieron también gran importancia los procesos coloniales y poscoloniales que estarían reflejados en la Regla del Notario y que, entre otras cosas, fueron marcando etapas en la división internacional del trabajo y en sus asimetrías. Aquí la desvalorización de tales actividades y de sus productos tiene también una larga historia, pero los análisis se centran en el siglo XX, por su relación con la industrialización. Al parecer, ocurrió un aceleramiento de ésta luego de la Segunda Guerra Mundial que motivó la redefinición del desarrollo, bajo el modelo de "industrialización por sustitución de importaciones" (Gligo, 1995: 237). En México, este modelo (ISI) implicó la consideración de la industria como el sector más "dinámico" y sobre el que podía descansar el desarrollo del país, una perspectiva que sigue vigente, pese a sus fuertes consecuencias en las relaciones intersectoriales. Identificado el desarrollo con la industria, la agricultura tradicional y sus productos

⁵ Considérese lo siguiente. Cada habitante del planeta (de los 6 100 millones) emplea en promedio 137 kg de acero/año. Se producen 833 millones de toneladas de acero/año, para lo cual hubo que extraer 1 400 millones de toneladas de minerales, con sus correspondientes escorias y contaminación de aguas. La producción de aluminio es también muy onerosa: su metalurgia consume energía eléctrica en cantidad equivalente al consumo de toda África. Además, cada tonelada de bauxita obtenida (base para la obtención de aluminio) deja de residuo una tonelada de una mezcla cáustica que contamina aguas superficiales y subterráneas. Para producir una tonelada de oro, es necesario procesar 300 000 toneladas del mineral, lo que equivale a una pequeña montaña. Recientemente se ha puesto en práctica una nueva técnica de tratamiento: lixiviación en pila con cianuro. Se deja filtrar a través de una pila de mineral triturado una solución de cianuro que arrastra partículas de oro a su paso. Eso reduce el costo de extracción, pero deja residuos tóxicos (Brown, 2003: 125 y ss.).

fueron tratados como obstáculo al desarrollo o factor de atraso, lo que permitió los diferenciales de precios relativos a favor de la industria; además, la revolución verde introducida como parte de la ISI, aunque elevó la productividad (principalmente de cultivos comerciales), propició el agotamiento del capital natural en el sector agrícola por el cambio tecnológico, con un supuesto subyacente: el de sustituibilidad ilimitada (Ruiz-Sandoval, 2001: 88-96).

Esta relación sector primario-industria en México ilustraría el funcionamiento de la Regla del Notario en dos sentidos: en que la industrialización, apoyada en las *teorías del desarrollo*, se apoyó a su vez en la desvalorización de los recursos primarios, y en el sentido de que la industria fue considerada en la política económica como la posibilidad de que el país alcanzara una posición más ventajosa, en términos de lo que se entendía como *desarrollo*. Pero ya que los tramos finales de los procesos de producción *tienen que apoyarse en las actividades previas, con la pérdida de peso de las actividades primarias y secundarias, se acentúa el déficit en energía y materiales y el exceso de residuos se cubre con cargo al resto del mundo:*

[...] Lo cual explica los fracasos que ha ocasionado la ingenua equiparación de la industrialización con el desarrollo: los países ricos de hoy día lo son porque avanzan hacia los tramos más elevados de la curva mencionada, exportando a otros territorios las primeras fases de transformación industrial con elevados costes físicos y, por lo tanto, exigentes en energía y contaminación, mientras que se concentran en las "más altas tareas" de comercialización, innovación y gestión [...] La valoración monetaria regida por la "Regla del Notario", apoyada por el sistema financiero, otorga así a los países ricos capacidad de compra para utilizar el mundo como base de recursos y sumidero de residuos (Naredo y Carpintero, 2004: 23).

Esto nos obliga a admitir que la competencia por "posiciones ventajosas" dentro de la Regla del Notario, tendría un límite. Así como no ha sido posible que todos los países se industrialicen al mismo tiempo, tampoco lo sería que todos los países mejoraran sus relaciones de intercambio, ni que se convirtieran en atractores de ahorro o en emisores de dinero financiero, al mismo tiempo (Naredo y Carpintero, 2004: 54), además de que se requiere una fuente permanente de recursos materiales y un sumidero de residuos, cuyo límite, hoy dado por las condiciones atmosféricas, no estaría considerado si se mantiene el supuesto de sustituibilidad ilimitada.

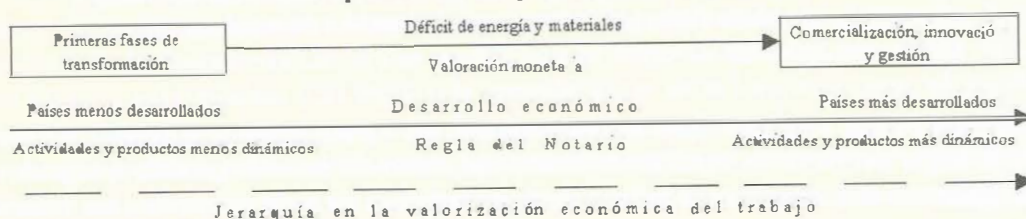
Por lo anterior, es de suma importancia que los economistas se esfuercen en encontrar formas de evaluar todo tipo de costos ocultos en los procesos de producción, ya que eso implica una revisión de la "estructura" de los supuestos y argumentos de la teoría económica y la medición de aspectos que antes no fueron medidos. Sin embargo, ya

que para que se diera el mecanismo económico de desvalorización de los recursos naturales, tuvo que haber ciertas condiciones, y puesto que la organización económica requiere agentes para su operación, sistemas de creencias, formas de organización social y formas de estructurar el conocimiento, estas condiciones podrían implicar no sólo el patrimonio natural, sino el patrimonio cultural mundial.

2. Sector primario y sustentabilidad

La desvalorización económica ha de apoyarse en otras formas de desvalorización, y así parecen sugerirlo Naredo y Carpintero cuando apuntan que en la Regla del Notario hay dos tipos de asimetrías: uno derivado de los postulados termodinámicos y de la economía estándar, y otro fruto de condicionamientos ideológicos e institucionales, y este último incluye una *jerarquía* en la valoración del trabajo humano que va en sentido inverso a su "penosidad" (2004: 21-22). En esta última asimetría quedarían incluidas, ya en el terreno sociológico, muchas actividades productivas desvalorizadas, del mismo modo en que las "diferencias estructurales" intervienen en los intercambios asimétricos (ver diagrama 2). Por ejemplo, la desvalorización de las formas de vida basadas en el autoconsumo y en la autosuficiencia, o basadas en tecnologías distanciadas de aquellas acordes al menor *tiempo de trabajo socialmente necesario*.⁶

Diagrama 2
Desvalorización del trabajo en los procesos de producción



⁶ Aquí se encuentra otra implicación del enfoque marxista. Para Leff, el marxismo quedó atrapado en su propia comprensión de "lo natural", en el progreso civilizatorio, sobredeterminado y condicionado por la base económica, y en la subordinación del valor de uso al valor abstracto del mercado. Esto ocurre porque la teoría del valor descansa en el concepto de *trabajo abstracto*, y como el propio Marx reconoce, el *trabajo en general* es indiferente a los trabajos particulares, es la reducción de los diferentes trabajos a un *trabajo indiferenciado*, implícita en la medición de los valores de cambio de las mercancías (cfr. 2004: 31). Un aspecto relevante de lo anterior sería que la reducción de los *trabajos particulares* al *trabajo abstracto* arrastra consigo a las *condiciones particulares* (y a las diferencias estructurales), y por tanto, en esta reducción está implícita la particularidad cultural, la cual arrastra, a su vez, conocimientos contextualizados, tecnologías endógenas, etc., que tengan importancia en la conservación de los recursos naturales.

Estas
parte
cuanto
cosas,
sobre l
(Alema
de vida
acompa
desvalo
el episo
la virtuc
que los
la cocin,
clamand
celebrar
procesos

⁷ De acuer
vida social,
de domina
cualquier s
conjunto in
de colectivi
existencia d
⁸ Ganó un fu
modo de tra
entre la gen
etc. Beckma
sucia que lo
desprecio de
planteado, e
la de Krünit
todos los pa
⁹ Robert (195
en el *Gran L*
uso se hace
transformaci
urbanos se in
y para 1924,
desecho", y
parecer que l
que desvalor
caso mexican
subsistencia c

Estas formas de desvalorización suponen *reglas* semánticas y morales que forman parte de las estructuras de significación y legitimación de una cultura.⁷ Así, en cuanto a la desvalorización de las formas de vida campesinas, se requirió entre otras cosas, un lenguaje determinado. Un ejemplo para Europa nos lo ofrece un escrito sobre la sociogénesis del desecho moderno. En 1786 la Academia de Goettingen (Alemania) convocó a un concurso con el tema de la "limpieza apropiada" a la forma de vida campesina, una estrategia de dismantelamiento de la subsistencia campesina, acompañada de nuevos patrones de asentamiento. El ganador utilizó calificativos desvalorizantes: "el campesino burdo, insensible, inerte, perezoso, grosero", y todo el episodio parece un intento por convertir al campesino al ideal de la gente ilustrada: la virtud y la limpieza superior del ciudadano (cfr. Robert, 1992).⁸ Se requirió también que los desechos campesinos se convirtieran en desechos modernos; que el cuerpo, la cocina, el quehacer doméstico, fueran ascendidos a "productores de desechos", clamando por sus "filtros", "depuradores" y "tratamientos"; y que las enciclopedias celebraran "las bodas" entre el *higienismo* y la industria y describieran y alabaran nuevos procesos y aparatos, cada uno más complicado y caro que el otro (Robert, 1992).⁹

⁷ De acuerdo con Giddens (cuando plantea la *estructuración* en su estudio de la reproducción de la vida social), las *estructuras de significación* pueden analizarse como sistemas de *reglas* semánticas, las de dominación como sistemas de recursos, y las de legitimación como sistemas de *reglas* morales. En cualquier situación concreta, los miembros de una sociedad recurren a estas reglas, si bien como un conjunto integrado y no como componentes discretos, y "cuando se las relaciona con una totalidad de colectividades, como un sistema integrado de reglas semánticas y morales, podemos hablar de la existencia de una cultura común" (1993: 125).

⁸ Ganó un funcionario (Beckmann) que propuso: "leyes de limpieza" para las zonas rurales; cambios en el modo de trabajo de la tierra y de los cultivos de subsistencia; aumento de la riqueza material; separación entre la gente y los animales; sustitución de los techos de paja; modificación del patrón de asentamiento, etc. Beckmann tuvo un solo contrincante que argumentó (y fue desoído): hay gente en la ciudad más sucia que los campesinos; cierta "suciedad" es inherente a las actividades campesinas y no merece el desprecio de Beckmann; en toda apreciación hay que partir de las condiciones locales; el tema está mal planteado, etc. El escrito de Beckmann tuvo amplia influencia y fue incorporado en las enciclopedias. En la de Krünitz en particular (1813), el texto se "limpió" de sus referencias regionales y se hizo bueno "para todos los países" (Robert, 1992).

⁹ Robert (1992) describe la trayectoria de dos palabras que significaban "desecho": *Unrath* y *Abfall*. Fue en el *Gran Léxico de Conversación para las Clases Educadas* (1840), cuando *Abfall* desplazó a *Unrath*, y su uso se hace paradigmático en 1874 cuando se convierte en "los desperdicios producidos durante la transformación de las materias primas y de los productos semiterminados". Desde 1882 los residuos urbanos se incorporan en el campo semántico del desecho, que incluye ahora a los desechos industriales; y para 1924, el hogar se hace socio de la industria, en cuanto a la exigencia de un "tratamiento del desecho", y en cuanto al campo semántico que incluye "aguas grises" y "drenaje". Aunque pudiera parecer que los enciclopedistas sólo describieron "lo que vieron", para el autor fue el estilo de pensar que desvaloró la subsistencia rural, el que generó el desecho moderno, si bien precisa que para el caso mexicano, la génesis conceptual, las estrategias y los instrumentos de dismantelamiento de la subsistencia campesina deben ser periodizados en forma completamente distinta.

En Latinoamérica, los saber-hacer contextualizados de los grupos sociales locales o autóctonos fueron desvalorizados desde las colonizaciones, colocados en posición relativa desventajosa, pero en este caso fue necesario enfrentarlos con un cierto ideal de conocimiento, por lo cual su desvalorización ha sido relacionada con la ciencia y tecnología importadas que los sustituyeron. En este caso, activistas culturales y empresariales europeos y latinoamericanos habrían sido los encargados de traer ciencia y técnica europeas, impulsados por las demandas de explotación de los recursos naturales, la dominación política, la seguridad colonial y la expansión del capitalismo europeo; de modo que frente a la visión de la tecnología y la ciencia europea como “verdaderamente científica”, los conocimientos diferentes pasaron a ser ilegítimos o impotentes (Vessuri, 2004: 174).

Sin embargo, hoy las formas de vida y los conocimientos locales y tradicionales han sido reconocidos precisamente por ser producto de prácticas culturales *in situ*, y su “desvalorización” ha quedado clara actualmente, y ha sido fuertemente cuestionada, en especial a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Los cuestionamientos incluyen: la eficiencia de la ciencia y tecnología convencionales en condiciones particulares; la tendencia lineal a la prosperidad asumida por el progreso científico; la evolución histórica lineal asumida en los enfoques marxistas; la supuesta universalidad del conocimiento y tecnología occidental. O, también, la promesa de la ciencia de producir bienestar, ante los indicios de que el progreso científico crea tantos o más problemas de los que contribuye a resolver (Vessuri, 2004: 177). Y dado que en todo esto se mencionan frecuentemente los postulados termodinámicos y se hace un contraste entre los procesos de producción tradicionales “amigables” con el ambiente, y los “modernos”, la discusión de fondo en cuanto a estos dos tipos de procesos parece estar en la posibilidad de formas de producción sustentables.

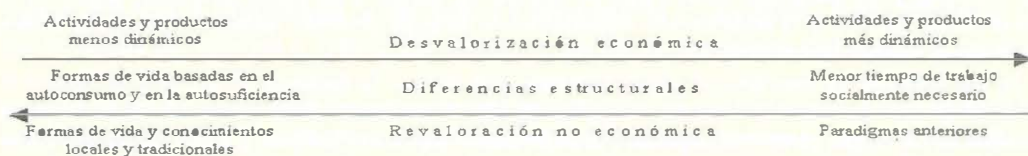
Algo parecido sucede con “lo urbano” –antes indicador indiscutible de desarrollo– y que hoy puede ser caracterizado como un sistema socioespacial no estable, altamente dependiente de condiciones y factores exógenos, y vulnerable; sujeto a permanentes alteraciones y desequilibrios, y que repercute negativamente en el ambiente que le sirve de soporte (Puente, 1996: 61). Lo urbano constituye una preocupación general por los recursos que importa y por los desechos que produce, reproduciendo las relaciones intersectoriales nacionales y mundiales, en la relación ciudad-región o ciudad-localidad. De ahí que la discusión sobre la sustentabilidad urbana incorpore esas interacciones en términos físicos por los insumos que la ciudad toma de las regiones y que pueden estar sobreexplotados (suelo, agua, energía, alimentos, o materiales diversos), o de los flujos de la ciudad a la región (aguas residuales, residuos sólidos y peligrosos, contaminación); y en términos socioeconómicos, abordando las consecuencias de las interacciones desequilibradas (migración, pobreza, violencia y

criminalidad urbanas, zonas marginadas, segregación, exclusión, etc.) (cfr. Sánchez, 2002: 307-309).

Estos cuestionamientos a paradigmas largamente dominantes hacen pensar que estos últimos incluyeron un conjunto de abstracciones hoy contrastadas con, o refutadas por ciertos contraargumentos y evidencias, a los que sólo ahora se les reconoce masivamente su importancia. Y junto con ellos, muchas especialidades pasan por una crisis, lo mismo que su terminología: eficiencia, desarrollo, progreso, crecimiento, racionalidad, conocimiento "verdadero", limpieza del ciudadano, etc. Los agrónomos, por ejemplo, atestiguamos de pronto el surgimiento de la agricultura orgánica y el de la agroecología, y el resurgimiento de la agricultura tradicional, luego de haber sido entrenados para obtener mayores rendimientos con semillas "mejoradas", para probar mil dosis de fertilizantes, insecticidas o fungicidas, escuchando a algunos profesores hablar sobre la "obsolescencia" de los métodos tradicionales o el "atraso" de los campesinos, y enarbolando el lema de "explotar a la tierra, no al hombre". Así que ante la reflexión: ¿realmente se han "eficientado" los procesos de producción, si ello conlleva deterioro ecológico, mayor gasto de energía, polarización, o pobreza?, tal vez muchos agrónomos sintamos que ante la posibilidad de la agricultura sustentable, habría que cuestionar muchos supuestos anteriores, escuchar las objeciones no escuchadas, o "desaprender" gran parte de lo "aprendido".

Así pues, luego de una larga trayectoria de desvalorización económica de actividades "poco dinámicas" o de formas de vida antes consideradas "atrasadas", estas últimas experimentan ahora una revaloración no económica (ver diagrama 3):

Diagrama 3 Desvalorización y revalorización de las formas de vida



Todo esto podría constituir una objeción a la valoración de los recursos naturales o de los servicios ambientales a través del precio. Se tratará de explicar esta idea.

Entre los economistas, la degradación ambiental suele explicarse a partir de la contabilidad nacional, cuyos agregados (PIB, PNB, PNN) no proporcionan una visión completa de la prosperidad de una nación, al excluir el medio ambiente (Altamirano, 2001: 207). Ya que la contabilidad se realiza en precios de mercado, la degradación

habría ocurrido por fallas en los mecanismos de mercado o por externalidades en la producción y en el consumo, además de que el sistema de precios que orienta las decisiones no proporciona información sobre el medio ambiente (Quadri, 1996: 142). Visto así, pareciera que el deterioro ecológico es debido a que falta el precio de los recursos naturales y, por lo tanto, la solución sería ponerle precio a aquello que no lo tiene.

Sin embargo, muchos encuentran problemas en el mercado mismo, y los argumentos no satisfacen las objeciones. De acuerdo con Brown (2003: 81-82), si la oferta de pescado es menor que la demanda, el precio sube y se fomenta la inversión en más buques de pesca; si la demanda de agua es mayor a la oferta, desciende el nivel freático y los pozos se secan, pero el mercado recomienda excavar pozos más profundos; en casos como estos, guiarse por las señales distorsionadas del mercado sería "una receta para el desastre".¹⁰ Otros casos los describen Costanza *et al.* (1999: 45-46 y 184). En cuanto a la incorporación de algunas especies en el sistema de mercado, un razonamiento económico sería que ponerles precio podría reducir la pérdida de biodiversidad, pues según algunos biólogos, para quienes si se comprendiera el "verdadero valor" de las especies, se conservarían más. Pero esto tal vez no propicie la conservación, e incluso acelere la extinción, ya que muchas especies no serían conservadas, si se espera que su valor aumente por debajo de la tasa de interés.¹¹ Por otro lado, si una nación internaliza los costos ambientales y sociales en altó grado, y entabla libre comercio con un país que no obliga a sus productores a internalizarlos, el resultado será que las empresas en el segundo país tendrán precios más bajos y sacarán del mercado a las empresas del primer país.¹² Y en cuanto a los análisis económicos que ignoran las

¹⁰ Según el autor, la captura de peces marinos pasó de 19 millones de toneladas en 1950, a 93 en 1997. La sobreexplotación es la principal presión sobre las pesquerías, aunque también es grave la destrucción de marismas, manglares y arrecifes de coral, porque alrededor de 90% de los peces oceánicos utilizan las marismas y los manglares como zonas de desove. En cuanto a los mares interiores, aparte de la sobreexplotación, están la acidificación, salinización, residuos de petróleo, metales pesados, materiales radiactivos, mercurio (véase cap. 3).

¹¹ En los sistemas de mercado, el precio aumenta para reducir la demanda si la oferta es baja, y el precio baja para aumentar la demanda si la oferta es alta. El problema, dicen los economistas, es que la mayoría de los rasgos genéticos, especies y ecosistemas se pierden al no tener precios que actúen como retroalimentaciones negativas para mantener el equilibrio: cuando disminuye el número de individuos de una especie, no hay aumento en el precio para hacer bajar la cantidad usada (Costanza *et al.*, 1999: 45). Otra insuficiencia importante se da cuando los gobiernos subvencionan el agotamiento de recursos o actividades destructivas, como en el caso del Servicio Forestal de los EU que utilizó durante varios decenios los impuestos para construir carreteras que facilitarían la tala por las empresas, así que los contribuyentes financiaron esta destrucción (Brown, 2003: 82).

¹² Algo parecido sucede con la producción forestal en el contexto de apertura económica. Los precios de los productos forestales de plantaciones comerciales de América del Sur y del sudeste asiático son cerca de 30% inferiores a sus similares provenientes de bosques nativos y transformados por las empresas comunitarias de mayor eficiencia. Esta diferencia se debe a que los costos de extracción tienden a ser

externalidades o los costos ocultos ambientales, por ejemplo en la intensificación agroquímica [para alcanzar mayor competitividad o mejor precio en el mercado], no serían recomendables, en tanto se sobrevaloran las prácticas agrícolas degradantes y se subestima el valor de las prácticas agroecológicas (cfr. Altieri y Nicholls, 2002: 288).

Otra opción considerada para reducir las distorsiones del mercado y, especialmente, el consumo oneroso de materiales es la “desmaterialización” de la economía. Sin embargo, si “desmaterialización” significa sólo la terciarización de una economía con base en la continuación de las asimetrías del mercado mundial, no se reduciría el consumo de materiales en términos absolutos. Naredo y Carpintero (2004) observaron esto en la economía española, la cual, al avanzar a lo largo de la curva del Notario, aumentó cinco veces su consumo absoluto de materiales entre 1955 y 2000, con un flujo creciente de recursos naturales procedentes de otros territorios, para el sostenimiento de su producción y consumo. Además, a mayor exigencia de combustibles fósiles, dicha economía ha aumentado su déficit físico de materiales, y mientras disminuye su requerimiento de energía y materiales internos (tomados de otros territorios), se concentra en elaboración de manufacturas, comercialización, servicios y turismo.¹³ De aquí que si la “desmaterialización” no incide sobre las asimetrías del intercambio, la modificación de las pautas productivas no significa una reducción en el consumo de materiales. Por ello, otra propuesta define una desmaterialización basada en la “venta de desempeño en lugar de bienes”, caso en el que los países industrializados (para ser sostenibles) tendrían que operar en un nivel más alto de eficiencia en el uso de recursos, estimado en un factor de 10, meta que podría alcanzarse si la economía de servicios empleara el *valor de uso* como su concepto central de valor económico (Masera, 2002: 82-83).

De lo anterior, se propone que en el problema de degradación de los recursos naturales a partir de su desvalorización, *la ausencia de precio no es lo mismo que la ausencia de valor*, y esta diferencia dificultaría la medición y favorecería el resultado contradictorio de las medidas de control a través del precio o de los mecanismos del mercado actual.

menores en plantaciones forestales que en los bosques naturales, y a las distorsiones provocadas por los subsidios que reciben los productores de plantaciones en estos países (Merino y Segura, 2002: 245).

¹³ Naredo y Carpintero (2004: 29 y ss.) miden los Requerimientos totales de materiales, RTM= directos + ocultos. Los directos son flujos de energía, materiales y biomasa. Los ocultos no se integran en la mercancía vendida, son removidos durante la producción e incluyen recubrimientos de metal, movimientos de tierras para la construcción de infraestructuras y restos agrícolas. La modificación de las pautas productivas hacia los servicios no significó para España menor intensidad relativa y absoluta en el uso de los recursos naturales, y sí mayor dependencia del exterior. La extracción y utilización de recursos abióticos se multiplicó 12 veces entre 1955 y 2000; los flujos energéticos con cargo a la corteza terrestre, 6.8 veces, y la biomasa externa importada por la economía española, 30 veces. No obstante, el déficit en cuenta corriente se ha hecho más abultado y sistemático, y se ha compensado con la atracción de capitales del resto del mundo (inversiones y bolsa) y con turismo.

Por ejemplo, puede ponerse precio a las especies o aumentar el precio del agua, pero ello, estimulará la excavación de nuevos pozos o la extinción, o bien, hará que la gente valore más los recursos naturales, pero no tenemos por qué asumir que necesariamente ocurrirá lo último. Es decir, el precio no necesariamente generará el valor de los recursos como valor de uso o como bienes ambientales, lo cual parece ser la preocupación de fondo cuando se habla de las fallas del mercado. Tal vez hasta podría suceder que en algunos estratos poblacionales de ingresos elevados, el precio de los recursos refuerce la idea de que el dinero puede pagarlos sin consideración de las implicaciones de su extracción o uso indiscriminado, lo cual sería bastante grave si tomamos en cuenta que los mayores dispendios suelen concentrarse en grupos de ingresos elevados. También podría aumentarse el precio del pescado, de la madera o del papel, pero esto no necesariamente hará que los consumidores valoren la biodiversidad (o su pérdida), pues aquí no parece haber una relación causa-efecto entre precio y valor, y no habría por qué suponer que se tratara de ello, a menos de considerar que el valor reside en el precio, pero en ese caso no habría por qué preocuparse del valor de uso o del valor ambiental de los recursos. En casos como éste, presenciamos paradojas y sinsentidos, como sucede si los biólogos desean que se comprenda el "verdadero" valor de las especies (¿la biodiversidad?), el cual residiría según su argumento, en el precio.¹⁴

De algún modo estos problemas son reconocidos por algunos economistas. Altamirano (2001) nos explica que la contabilidad tiene problemas metodológicos y de medición, además de presentar aspectos contradictorios al crecimiento o al desarrollo económico. Entre los metodológicos está aquél de la creencia de que un aumento del PNB corresponde a otro en bienestar, contra lo cual Norgaard apuntó varios casos: el PNB crece cuando los agricultores de subsistencia se agregan a la fuerza de trabajo y dejan de producir su alimento; cuando las mujeres se unen a la fuerza de trabajo y contratan ayuda doméstica y cuidadores de niños; cuando viviendas y fábricas

¹⁴ En la perspectiva adoptada aquí, el cálculo económico tiene un límite muy claro que corresponde al propio límite de la categoría "precio" para abarcar la multiplicidad de valores atribuibles a un bien de la naturaleza. En el caso de la biodiversidad, Bishop y Landell-Mills (2003: 54-55) apuntan que la dificultad de medirla incide críticamente en la creación de mercados y sistemas de incentivos. Ya que no hay "unidades" de biodiversidad, se buscan medidas cercanas conocidas como proxies que identifiquen atributos medibles, pero los propios autores admiten: "Un riesgo fundamental de ello, es que se pierda el vínculo entre la variable proxy y la biodiversidad [...] por lo tanto, observamos una tendencia generalizada a considerar como iguales la comercialización de los recursos biológicos y la conservación de la biodiversidad [...] Al llevar esta lógica un paso más adelante, se puede argumentar que al comercializar la gama completa de los recursos biológicos, de hecho comercializamos la biodiversidad [...] El peligro de esta manera de ver las cosas, es que si sólo una selección de recursos o atributos se comercializa con buenos resultados, los compradores y vendedores podrían no hacer caso de los otros aspectos de la biodiversidad".

so
ini
pro
qu
las
cor
am

De
que
sería
su e
seme
"cor
ello s
el co
los co
de bio
o a pr
la des
cuesti
obliga
del bio
satisfar
niveles

Y he a
concep
se "refle
A o el
monetar

¹⁵ El traba
una de las
trabajo, cu
quizá ni pe
economista
component
208-212), e
no se omit
esos bienes
los ladrones

son destruidas por la guerra, y cuando se deteriora el medio ambiente y el gobierno inicia acciones de corrección. Por otro lado, los problemas de medición se dividen en problemas de acción y de omisión. En el primer caso, cuando se ignoran actividades que reportan bienestar y son útiles a la sociedad, como el trabajo doméstico o el de las mujeres; y en el segundo caso, cuando se contabilizan actividades que no debieran considerarse creadoras de valor, como los gastos defensivos para rehabilitar daños ambientales.¹⁵

De aquí plantearíamos que la ciencia económica no podría explicarlo todo (a menos que fuera una disciplina totalizadora), y que por lo tanto muchos aspectos de la vida serían *incommensurables*, aun cuando pudieran evaluarse indirectamente de algún modo, su explicación correspondería a otros campos de estudio. Seguramente, una reflexión semejante es la que ha traído abundantes críticas sobre la aplicación del precio para "corregir" las fallas del mercado, en tanto están en juego valoraciones cualitativas. Por ello se afirma una dificultad para desagregar los valores heterogéneos del ambiente, el costo en calidad de vida por contaminación, las deseconomías de la aglomeración, los costos reales de descontaminación de aguas residuales, la deforestación y pérdida de biodiversidad, todo lo cual no podría reducirse a un patrón único de medida física o a precios de mercado (Kapp y Martínez Alier en Leff, 1996: 105). Y si agregamos que la desvalorización de cosas o situaciones anteriormente valoradas nos ha llevado al cuestionamiento de la creencia de que aumentos en el PIB o en el PNB corresponden obligatoriamente a aumentos en el bienestar, encontraríamos la crítica a la economía del bienestar, para la cual se afirma que no hay evidencia contundente de que la satisfacción de necesidades, la utilidad o la felicidad dependan directamente de los niveles de ingreso (Goodland y Ledec, en Leff, 1996: 102).

Y he aquí otro también singular esfuerzo de los economistas, en la revisión del concepto de "utilidad". La teoría microeconómica ha considerado que la "utilidad" se "refleja" en el comportamiento de los consumidores cuando deciden entre el bien A o el bien B. Curiosamente, P. Geddes, además de haber dudado que la riqueza monetaria correspondiera a mayor calidad de vida, también había observado que la

¹⁵ El trabajo de las amas de casa es un ejemplo recurrente en los textos de economía, que demuestra una de las grandes omisiones en las cuentas nacionales (tal vez cercana a 10% del PIB). Se trata de un trabajo, cuya sustitución se reconoce costosa de algún modo, aunque el costo no se haya evaluado, y quizá ni podría evaluarse, pues habría muchos aspectos involucrados no medibles. Las razones de los economistas para este tipo de omisiones son casi las mismas. Para Dornbusch y Fisher (1981: 29), hay componentes del PNB difíciles de evaluar y no existe una fórmula para ello. Según Samuelson (1980: 208-212), el valor añadido de una buena cocinera a la comida de una familia o los servicios de un cónyuge no se omiten por razones lógicas, sino porque es difícil obtener estimaciones del valor monetario de esos bienes o servicios, como igualmente son los costos de la policía contra el crimen, los cerrojos contra los ladrones, los aviones de caza contra bombarderos y misiles, etcétera.

“utilidad” era simplemente una “abstracción” o un “aspecto idealista”, y aunque no fue escuchado (Martínez y Schlüpmann, 1997: 121-123), hoy resulta que esta objeción tenía mucho sentido.

De acuerdo con Frey y Stutzer (2002), la “utilidad” empleada para explicar las elecciones de los individuos en el mercado ha llegado a ser sólo una “preferencia” (por A o por B) que no toma en cuenta los estados emocionales ni mentales, y por eso carece de un *significado sustantivo*, además de que asume individuos bien informados al momento de su elección.¹⁶ Este cuestionamiento ha generado una corriente dentro de la economía que propone tratar con el concepto de *felicidad*, porque: a) cada vez hay más evidencias de que las “preferencias” y la felicidad son distintas, además de que muchos comportamientos (caridad, tareas voluntarias) no podrían explicarse por las preferencias de uno mismo; b) la mayoría de los placeres no están a la venta en los mercados y no tienen precio; c) aunque no hay una conexión clara entre psicología y teoría económica, muchos economistas creen que es posible cierta medición de utilidad a través del concepto de felicidad; d) como producto de la emergencia de la psicología económica, se ha comprobado que la gente no siempre es capaz de elegir la mayor “cantidad” de utilidad, y hasta se ha argumentado que la gente no sabe lo que la hace feliz o infeliz. Todo esto hace claro que hay una divergencia entre la *utilidad sustantiva* y las “preferencias”.

De este último enfoque, se podría concluir algo muy simple: que el concepto de “utilidad” formulado para fines de la ciencia económica, al no considerar “los estados emocionales o mentales”, es demasiado estrecho en la actualidad, cuando la “felicidad” parece más importante; cuando se admite que la mayoría de los placeres no tienen precio o no están a la venta, o cuando lo que es “útil” podría caber dentro de lo

¹⁶ Según Frey y Stutzer (2002: 19-20, 43, 173), los economistas clásicos estaban convencidos de que la “utilidad” tenía un contenido y podía ser medida (“utilidad cardinal”); el bienestar de las personas consistía en la felicidad subjetiva. En cambio [y paradójicamente], en la “economía del bienestar”, la utilidad fue privada de todo contenido y reducida a una “preferencia”. Con el fin de que la utilidad se reflejara en el *comportamiento revelado* del consumidor, otro supuesto forzado fue el de que los individuos estaban bien (o perfectamente) informados, eran conscientes de sus elecciones y consistentes con sus deseos. Este cambio toma lugar en las curvas de indiferencia del consumidor, y fue exitoso por dos razones: a) los estados mentales, como qué tanta satisfacción rinde un bien, son inherentemente difíciles de medir; b) la utilidad cardinal no es necesaria para la teoría económica. Sobre esto último, Frey y Stutzer opinan que Hicks y Allen (en 1938) sostuvieron que la teoría de la demanda podía basarse enteramente en la utilidad ordinal como preferencia, y que Samuelson (1938) formuló los fundamentos del comportamiento, en los cuales se considera axiomáticamente que la utilidad es sólo una preferencia, con lo cual se establece una relación exclusiva entre la utilidad y el comportamiento de los consumidores. Para Frey y Stutzer, la felicidad es mucho más amplia que la utilidad, es una meta fundamental de la gente, y no es como otras cosas deseables (seguridad, estatus, poder o dinero), que sólo son importantes por la *posibilidad* de hacernos más felices.

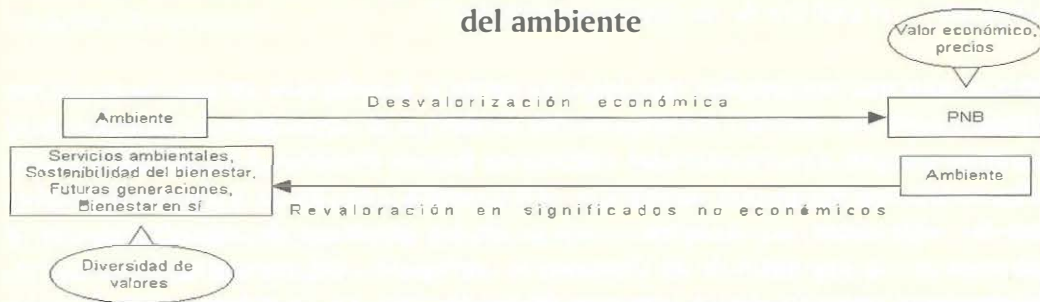
que puede dar felicidad. La felicidad en estos casos es un conjunto de condiciones cuantitativas y cualitativas, e incluiría lo que los economistas llaman "bienestar subjetivo", y el disfrute de los recursos naturales.¹⁷

Pero lo anterior no significa que los conceptos o paradigmas anteriores no hayan tenido opositores en su momento (como Geddes o el opositor a Beckmann), sólo significa que por algún motivo las objeciones fueron desoídas. Con el tiempo, ellas adquirieron sentido en una variedad de *costos ocultos* y de *valores ocultos* relacionados con las objeciones no atendidas: costos de los procesos de industrialización y urbanización a expensas de la destrucción ambiental, del concepto de progreso, del consumo oneroso, de los procesos de producción, etc.; y valoraciones del *valor de uso*, del valor ambiental, del valor de las formas productivas "amigables con el ambiente", etcétera.

Y tampoco significa que no hubiera habido procesos culturales o sociales paralelos a la aplicación de esos paradigmas o conceptos. Ya que el valor actual del "ambiente" está demostrado por la desvaloración de lo que ha atentado contra su conservación, este momento en que parece evidente que no ha sido valorado económicamente durante largo tiempo, posiblemente es cuando tenga el mayor valor, pero en *significados diversos* a su valor económico: como servicios ambientales, sostenibilidad del bienestar para la sobrevivencia de futuras generaciones, y bienestar en sí. De esta manera, la desvaloración del ambiente que pudo avanzar junto con la convicción de su degradación nos lleva ahora a su revaloración. En ella están presentes las nuevas percepciones que, en contraste con el sistema económico actual, revelan algo que ahora es importante, aunque antes no lo fue. Y esas percepciones podrían ser de diversa índole, pero al no provenir del mecanismo de valoración económica —e incluso pudiendo provenir de su cuestionabilidad— forman *otro tipo de valores*. Por lo anterior, atribuir precios a "las cosas", como si únicamente fuesen importantes por su "valor económico", sería una reducción de la diversidad de valores, en tanto el valor ecológico y cultural de la naturaleza se *desustantiva* al ser codificado como valor económico (Leff, 2004: 123). Además, los nuevos valores podrían estar relacionados con la dinámica histórica de ciertas necesidades de las sociedades actuales, y en tal caso, serían contradictorios con la valoración económica, de modo que ésta no pudiera reflejarlos:

¹⁷ La felicidad tiene diversas *dimensiones*, entre lo agradable y lo desagradable: alegría (culpa y vergüenza), regocijo (tristeza), satisfacción (ansiedad y preocupación), orgullo (enojo o ira), afecto (fatiga nerviosa, tensión), felicidad (depresión), éxtasis (envidia). Los *dominios* más importantes son: mercado de trabajo, consumo, familia, compañía, ocio y salud, y otros conceptos de bienestar que incluyen la sostenibilidad del bienestar, relacionada con los activos naturales; el sector voluntario; la economía informal, e indicadores sociales como crimen, pobreza, desigualdad social y racial, y otros tipos de segregación que ocasionan infelicidad (Frey y Stutzer, 2002: 28 y ss.).

Diagrama 4
Desvalorización y revaloración
del ambiente



3. Sector primario, sustentabilidad y turismo

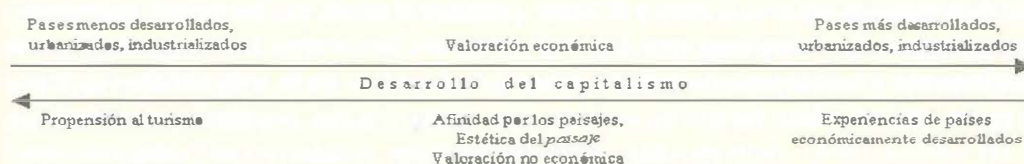
Con respecto al punto anterior, encontramos una de las peculiaridades de los estudios socioculturales en turismo que analizan el fenómeno desde el punto de vista de *los significados* de los destinos y paisajes para los viajeros, y de cómo esos significados han emergido a lo largo de los procesos de industrialización y urbanización. El fenómeno turístico moderno –porque los viajes con distintas motivaciones son muy antiguos– encuentra sus raíces en las sociedades que experimentaron industrialización y urbanización tempranas, aunque se aceleró luego de la Segunda Guerra Mundial. De este modo, la *afinidad* por los “paisajes” está social, cultural e históricamente contextualizada, con una clara asociación entre la *estética del paisaje* y el desarrollo del capitalismo. Así lo consideran Aitchison *et al.* (2002), para quienes no es coincidencia que la primera nación que experimentó la industrialización y la migración masiva de áreas rurales a urbanas haya idealizado la campiña, la cual, incluso entre las nuevas clases medias, llegó a evocar la fascinación del espacio perdido. De hecho del campo surgió la idea del *paisaje* (de *land* a *landscape*), fuente de inspiración para los artistas europeos todo un periodo que abarca desde el siglo XVI hasta la época victoriana.

Por esto, en cuanto a las motivaciones para viajar, hay una relación muy significativa entre los destinos turísticos y la historia de las sociedades, y en general, conforme éstas son económicamente más desarrolladas, industrializadas, ricas o urbanizadas, más turismo realizan y “preferentemente” en destinos “prístinos”. De este modo, la búsqueda de experiencias en lugares distintos, “naturales” o relacionadas con “otras” formas de vida podría considerarse una necesidad para estas sociedades, y en el sentido de que la forma de vida y las ciudades actuales son el resultado de una evolución industrial y urbana presente en su propia expresión espacial, podría considerarse un atavismo. Es decir, detrás del fenómeno turístico visible, habría una dinámica histórica en ciertos aspectos de la experiencia social que le dan los significados que tiene.

Pero la afinidad por los paisajes no es una necesidad "material", y se habría desarrollado paralelamente al crecimiento económico, industrial y urbano, e incluso como *su consecuencia*. De acuerdo con Holden (2003), hay una relación entre la experiencia de un ambiente de buena calidad y el *bienestar*, y en tanto los paisajes influyen en éste al proporcionar una apreciación estética y ambientes de relajación, fue la amenaza del desarrollo económico basado en el mercado, lo que originó la crítica a la economía por su incapacidad de reflejar los costos ambientales. Así, el modelo económico basado en el crecimiento continuo, en mayores niveles de producción y consumo, y en el supuesto de que el consumo proporciona bienestar o "utilidad", falla al no considerar el deterioro ambiental y la contaminación. Los indicadores económicos también fallan, pues el progreso estadísticamente medido no considera que aire limpio, vistas hermosas, familia y espiritualidad son aspectos de la calidad de vida que el crecimiento podría dañar. Y como parte del estilo de vida del consumidor posmoderno, las motivaciones en el turismo podrían incluir anomia, necesidad de autoestima, o deseo de escapar de la sociedad para buscar lo "auténtico", en cuyo caso el fenómeno turístico es un reflejo de la experiencia de la calidad de vida, que ha comenzado a decaer en sociedades occidentales, aunque la riqueza material sea mayor.

Desde nuestro punto de vista, lo anterior indicaría una correlación (positiva) entre las experiencias de países económicamente desarrollados y la propensión a hacer turismo, que podríamos representar del siguiente modo:

Diagrama 5 Propensión al turismo



Por otro lado, se observa una correlación (negativa) entre la "riqueza material" y la calidad de vida. En los Estados Unidos, la salud social pasó de 73.8 (de un posible 100% en 1970) a 40.6% en 1993, con incrementos de suicidios, homicidios, brecha entre ricos y pobres y uso de drogas. Y en Gran Bretaña, un título muestra las presiones de la vida consumista: *Britain in 2010: rich but far too stressed to enjoy it*, refiriéndose a la presión del trabajo moderno y al deseo de que la riqueza sirviera de alivio a las rupturas familiares, drogas y dependencia del alcohol (Holden, 2003: 205-207). Y yendo más allá de estos países y en atención a que la industrialización, la urbanización y el turismo son hoy fenómenos globales, podría pensarse en que las causas del desplazamiento de las masas urbanas se relacionan con los deseos de ruptura de la rutina y de libertad

de una vida distinta. Además, las vacaciones contribuyen a la integración social del sistema laboral moderno y proporcionan una válvula de seguridad para las pulsiones *potencialmente perturbadoras*, mientras que el sistema que se sirve de los trabajadores, los absorbe física y mentalmente, y añade subsistemas recreativos como tratamiento de las "extenuaciones" o de los "vacíos" (MacCannell, 1976; Fernández Fuster, 1985; Jafari, 1987 y Duysens, 1989, citados por Santana, 1997: 22).

En estos temas, los estudios sobre felicidad se acercan a los estudios socioculturales del turismo, en los cuales, los conceptos de crecimiento o desarrollo económico también serían muy estrechos, cuando se corrobora que los "paisajes" perdidos tienen un valor en cuanto a ciertas necesidades a las que no sabríamos si llamar "estéticas", "éticas", "sociológicas" o "psicológicas", pero que podríamos llamar en conjunto "simbólicas". De aquí que en estos estudios, hoy se trate de distinguir entre "estándar de vida" y "calidad de vida", pues el estándar de vida no explica las nociones de calidad de vida ni de *felicidad* que están emergiendo. Éste sería un rasgo compartido entre ambos tipos de estudios, pues en el bienestar se incorporan satisfactores distintos de los bienes materiales e insustituibles por ellos, lo cual hace improcedente la supuestamente incuestionable igualdad riqueza material = (calidad de vida, felicidad). Pero si bien los estudios de felicidad se centran en factores diversos,¹⁸ los estudios turísticos consideran de gran importancia al medio ambiente, ya que éste forma parte de la experiencia turística; de aquí que algunos consideren al turismo como el "negocio de la felicidad".¹⁹

Por otro lado, ambos enfoques sugieren el problema de cómo evaluar lo que no tiene una definición económica. Frey y Stutzer intentan evaluar el "bienestar subjetivo", pero admiten de antemano que las encuestas no pretenden ser "objetivas", sino simplemente intentar una evaluación general de la esfera de la vida (2002: 44). Y por su parte, los estudios turísticos señalan que la planeación requiere entendimiento de las motivaciones, pero muchas cosas permanecen ocultas en el "subconsciente" y no pueden ser traídas a la luz con simples preguntas (Krippendorf, en Burns y Holden, 1995: 30), además de que lo que el viajero dice sobre sus motivaciones, puede ser sólo una reflexión de necesidades profundas, necesidades que él mismo

¹⁸ De acuerdo con Layard (2005: 3), los siete "grandes factores que afectan la felicidad" son: relaciones familiares (divorcio, viudez, matrimonio), situación financiera (ingresos), trabajo (desempleo o inseguridad laboral), comunidad y amigos (confianza), salud, libertad personal (calidad de gobierno), valores personales (Dios).

¹⁹ Según Chias (2005: 3), en entrevistas a turistas es común la expectativa de felicidad frente a una propuesta "exótica o cercana"; el turismo es una actividad que "se consume con una sonrisa", tanto por lo que supone de vivir una experiencia diferente a la cotidiana, como por el interés por lo desconocido, o por la promesa de disfrute del tiempo de ocio, y por decirlo como dirían los jóvenes de hoy: "¡es un lujo disfrutar con tu trabajo!".

no entiende o no desea articular (Lundberg, en Burns y Holden, 1995: 30). Siendo así, nos preguntamos hasta dónde las necesidades de este tipo, podrían ser satisfechas con bienes "materiales".²⁰

Todo lo anterior, considérese la discusión necesaria para abordar un problema teórico/práctico que se presenta cuando se trata de atribuir un valor a ciertos "atractivos" turísticos: ¿cuál sería el valor actual y "adecuado" de una noche cálida y estrellada en una playa tranquila, como solía disfrutarse en algunos lugares del estado de Veracruz? ¿cuál sería el valor de la sierra de Zacapoaxtla o del encanto de Tulum para nuestros visitantes alemanes; de otros vestigios arqueológicos mayas para los turistas europeos; de los volcanes nevados para los deportistas, o de las costumbres y tradiciones lacandonas o tarahumaras para los visitantes con inclinaciones antropológicas? ¿Con qué criterio deben ofrecerse a los visitantes los productos agrícolas producidos con métodos tradicionales, con tecnologías amigables al ambiente, o sin empleo de agroquímicos? ¿Qué tan importante es la experiencia de hospitalidad, vida comunitaria o vida familiar para quienes aprecian "otras formas de vida"? ¿Cuánto "debería" valer la cultura gastronómica que emplea el huitlacoche, y no lo considera una "plaga" a la que habría que aplicar fungicidas? ¿Cuánto vale la forma de vida de las etnias que no desean talar bosques y selvas para sustituirlos por industrias o plantas de energía nuclear, y que considera a la naturaleza como digna de respeto? Y especulando sobre la posible presencia de viajeros entre los jóvenes *rockers* del concierto "Contra la Pobreza", ¿cuánto valdrían para ellos los ecosistemas y las poblaciones de África?

Ante algunas de las percepciones actuales sobre el ambiente, y sobre aquellos factores relacionados a su conservación (la cultura local, la cosmogonía de algunos pueblos, el oneroso gasto de materiales y energía, la biodiversidad, etc.) y a su apreciación (estética, psicológica, etc.); y ante las recientes catástrofes naturales y las múltiples manifestaciones altermundistas, sin duda todos estos "atractivos" podrían tener un valor muy alto. Pero, ¿también tendrían un precio muy alto?

²⁰ Desde luego hay propuestas contrarias a los estudios de felicidad, pero nos permitimos dudar qué tanto son medibles los aspectos "subjetivos", en especial si no son aislables de factores económicos, y si los encuestados no llegan a articular sus necesidades profundas. En Headey y Wooden (2004), la visión psicológica de que las circunstancias económicas objetivas tienen un escaso efecto en la felicidad, no es apoyada por sus resultados, según los cuales, tales circunstancias tienen un mayor impacto sobre los resultados subjetivos de lo que se cree. Ellos utilizaron dos indicadores de bienestar subjetivo y dos de malestar subjetivo. Los de bienestar midieron la "satisfacción con la vida" y la "satisfacción con la situación financiera". Los de malestar incluyeron una escala de cinco puntos basada en una subescala de salud mental y una medida de "stress financiero" construida de ocho preguntas acerca de la dificultad para hacer pagos o tener emergencias financieras. Los autores advierten que en cada uno de los dos indicadores, una de las medidas se relaciona con el dominio económico/financiero de la vida.

Si el precio fuese lo mismo que el valor heterogéneo del ambiente, seguramente sí. Pero los estudios demuestran que el mercado introduce contradicciones o "paradojas" en las valoraciones del ambiente, siempre señaladas por la valoración monetaria. Frecuentemente se señala que ciertas modalidades de turismo podrían ser acordes a objetivos de sustentabilidad, e incluso formar parte de una estrategia de conservación de los recursos naturales y culturales. Ésta es una característica muy significativa del fenómeno turístico. Pero por otro lado, las actividades turísticas presionan y dañan los recursos, y frecuentemente entre más "exitoso" es un destino, más impactos ambientales y socioculturales conlleva. Ésta también es una característica distintiva de la actividad turística. En cuanto a nuestras posibilidades de sustentabilidad, ambas cosas serían consideradas aquí, el principal potencial y el principal problema del turismo.

Centrándonos en los recursos naturales, el *turismo alternativo* podría ser una opción, pues supuestamente es más respetuoso que el "turismo de masas". Pero en las actuales condiciones, la incidencia del mercado es observada críticamente, dada la dominancia de un turismo depredador que privilegia el lucro, incluso en muchos reductos naturales, y a pesar de que la mercadotecnia hable de un "turismo de naturaleza" (Chávez, 2005: 64). De este modo, Harrison (1996) cuestiona las formas de turismo alternativo y se pregunta si sólo representan etapas hacia el turismo de masas. Rogers y Aitchison (1998) opinan que el ecoturismo suena atractivo, pero que está a menudo sujeto a las mismas fuerzas del mercado que llevaron a los problemas ambientales asociados con el turismo de masas. Mowforth y Munt (1998) enfatizan sus beneficios financieros, pero señalan que el ecoturismo no sólo es signo de interés ambiental, sino que de capacidad para pagar altos precios, por lo que es una alternativa *exclusiva*. Y de la asociación entre ecoturismo y exclusividad, Wheeler (1993) renombró al ecoturismo como "egoturismo", y Mowforth y Munt (1998) lo relacionaron con una competencia por distinción y diferenciación, finalmente expresada como otra forma de "consumo conspicuo".²¹

Aquí parece evidente que hay una *divergencia* entre el valor que pudieran tener los recursos naturales y el mercado en el que se colocan. Desde los planteamientos anteriores, esto ocurriría porque los mecanismos de distribución del mercado, distancian el valor del ambiente de sus formas de apropiación, o bien, porque la apreciación monetaria no tiene en cuenta otros valores además del económico. Claramente en este particular sería recomendable incluir un mecanismo económico que tendiera a cubrir algunos costos ambientales, y un camino para ello sería el precio cuando se trata de bienes del sector primario no suficientemente valorados y

²¹ Las opiniones de Harrison, Rogers y Aitchison, Wheeler y Mowforth y Munt fueron tomadas de Holden (2003: cap. 7).

²² De ICMS ambiente un me por el recaud otros s biopro fuente ²³ Véase en el ca medio de disposi a pagar

apropiados por otros sectores a precios sumamente bajos, en relación con el costo económico de su extracción o conservación. En ese caso, estaríamos de acuerdo con aquella corriente económica que propone que los costos ambientales se internalicen en la contabilidad económica para corregir el defecto del mercado de no reflejarlos, pues efectivamente hay cierto potencial en la valoración económica de los servicios ambientales, con iniciativas probadas en Brasil, Costa Rica, Colombia y Guatemala.²² Se trataría por ejemplo, de cobrar el costo calculado del uso del agua en los espacios urbanos que la extraen de las áreas circundantes que les sirven de soporte y que conlleva un subsidio o financiamiento del sector primario hacia los otros sectores. Otras propuestas mencionan “la venta” de servicios ambientales, incluyendo los de cuencas hidrográficas, los sumideros de carbono, e incluso la biodiversidad, con fines de financiación de los costos de conservación.²³

Sin embargo, para países latinoamericanos, tendríamos que hacer otra serie de consideraciones, con las cuales pasaríamos de centrarnos en los recursos naturales, a visualizar los contextos que hacen la diferencia entre cualquier área natural y una de ellas en estos países. En México, por ejemplo, muchos de los destinos más preciados se encuentran en espacios indígenas, rurales, semirurales, con poblaciones en condiciones socioeconómicas desfavorables, involucran bienes primarios, y sufren los efectos de una larga historia de desvalorización y polarización. En estos casos, las relaciones entre los agentes se complican porque el valor de los destinos, implícito en las formas de apreciación de los viajeros, nuevamente se contrapone de algún modo a su puesta en el mercado. Esto puede deberse a que se trata de un valor *heterogéneo*, en el que no es posible deslindar el valor de la base ambiental de recursos, del resto de factores implicados: empleos locales, control local de las actividades productivas, dependencia-autosuficiencia, actividades tradicionales, etc. Se registra un conjunto de situaciones en la actividad turística que afectan a este tipo de destinos:

²² De acuerdo con Guimares y Bárcena (2002), en Brasil las recaudaciones realizadas a partir del ICMS (equivalente al IVA) se restituyen a municipios que protegen ecosistemas que prestan servicios ambientales; en Costa Rica se reconocieron algunos servicios prestados por los bosques y se estableció un mecanismo para pagar por ellos a los propietarios; en Colombia y Guatemala se han fijado tarifas por el uso de agua de cuencas hidrográficas que deben pagar los beneficiarios aguas abajo. Los fondos recaudados sirven para financiar actividades de conservación de la cuenca alta, y si se usan con cautela, otros servicios ambientales globales de la región, como el mantenimiento de la biodiversidad y la bioprospección, tienen potencialidad para generar capacidad científica y tecnológica, y convertirse en fuente de ingresos en la región.

²³ Véase Pagiola, Bishop y Landell-Mills (eds.), 2003. Un caso notable es el de la “venta de biodiversidad” en el café, por Pagiola y Ruthenberg. Los autores señalan que la venta del cultivo de café de sombra es un medio de preservar la biodiversidad, especialmente en su forma más tradicional y rústica, aprovechando la disposición de algunos consumidores para pagar por la conservación del medio ambiente, induciéndolos a pagar una prima o sobreprecio por ese cultivo que favorece la variedad de la vida silvestre.

- a) El turismo diversifica las actividades, pero suplanta los beneficios de aquellas tradicionales y abre la economía a la inestabilidad y a la influencia de grupos transnacionales;
- b) Las pequeñas economías pueden tender hacia la dependencia del exterior;
- c) El turismo provoca inflación que frecuentemente presiona sobre los recursos insustituibles;
- d) La penetración de capitales e intereses foráneos conducen a la pérdida del control local;
- e) El turismo puede generar empleos, pero no se generan tantos empleos ni negocios para los locales;
- f) El declive de la producción agrícola asociado al turismo, reduce la autosuficiencia alimentaria;
- g) Se alienta la venta del suelo por la competencia y por su precio;
- h) Los puestos creados pueden ser temporales e inestables;
- i) Al principio puede absorberse mano de obra local no calificada porque es más rentable, pero luego se favorecen los empleos especializados no locales;
- j) En razón de la conservación de un área natural, los nativos pueden ser sujetos de expropiaciones o planes, cuyo fin es asegurar la administración del nuevo ambiente, etcétera (cfr. Santana, 1997).

Estos ejemplos son sólo unos cuantos de los muchos en los que pueden distinguirse contradicciones, pero que muestran un problema de fondo en el tipo de relaciones que se establecen entre anfitriones y visitantes, ya sea como personas, sociedades, sectores, culturas o países, pues hay asimetrías que mantienen vigente la desvalorización de ciertos tramos y sectores de producción, en bienes y productos, tradiciones, costumbres, tecnologías, cultura, saber hacer y fuerza de trabajo. Tales asimetrías se filtrarían desde el nivel macro de relaciones económicas, hasta las esferas de acción local, desplazando los valores de todo ello y tendiendo a sustituirlo por su correspondiente más valorado en el mercado, por lo cual, el desarrollo turístico generalmente no se dirige a favorecer a los espacios ni anfitriones locales. De aquí que la dinámica "norte-sur" incluya: islotes de afluencia en medio de la pobreza; uso de escasos recursos nacionales para el disfrute de extranjeros ricos; *efecto demostración* sobre la población local del consumo de masas; lo controversial e inconfiable de los

“multiplicadores económicos”; comercialización de la cultura y estilos de vida locales; beneficios para compañías extranjeras o élites locales, y control (muy probablemente externo) del destino (Burns y Holden, 1995: 84). Y de aquí lo relevante de la crítica al desarrollo turístico colonialista, que permite la reproducción de mecanismos económicos y el reforzamiento de las diferenciaciones sociales. De hecho el desarrollo turístico actual podría ser visto como continuación de la dominación imperialista pasada, con una relación entre compañías, instituciones y gobiernos poscoloniales que mantienen relaciones con la elite del Tercer Mundo, y cuyos representantes de la clase privilegiada, se benefician del intercambio desigual (Lea, en Burns y Holden, 1995: 91). Con todo esto, acordaríamos en que el turismo alternativo *no necesariamente* guiará a un turismo cultural y ambientalmente amigable, y que muchos de los efectos indeseables del turismo resultan de un enfoque *laissez-faire* del desarrollo (Holden, 2003: 199-203).

Aquí podría recomendarse un intercambio más equitativo entre personas, regiones, sectores o países, pero ya no sólo en precios, sino en la valoración de las formas de vida, costumbres, tradiciones, saber-hacer, de los espacios locales cuyas formas productivas son consistentes con el cuidado a los recursos. Sin embargo, nuevamente estos aspectos son adaptados al mercado y se traducen en nuevas asimetrías. Anteriormente se listaron aspectos muy visibles al nivel de relaciones económicas, pero algunos estudios nos ofrecen otro tipo de aspectos. Por ejemplo, siendo la *otredad* o la *etnicidad* un “atractivo” para ciertos segmentos turísticos, su apreciación es conflictiva porque la literatura turística representa a los pueblos indígenas anacrónica y atemporalmente, o como exóticos, aislados y “auténticos”, pero muchas imágenes están enraizadas en el pasado colonial, son estereotipos europeos sobre “poblaciones dependientes” o conllevan un interés por los “otros” ligado a teorías evolucionistas biológicas o sociales, que los relacionan con “etapas anteriores” del desarrollo humano (Hitchcock, 1999). Debido a esto, la búsqueda del “exotismo” forma una brecha entre el turista y la cultura anfitriona que despersonaliza la relación, que evita el involucramiento subjetivo del turista con los “otros”, y que basada en la desconfianza, las transacciones de corto plazo y el consumo conspicuo, sólo demuestra el despliegue de la capacidad económica del turista (Cannon, 2001).

Si tratamos con turistas que están lejos de apreciar una localidad en alguna forma conservacionista, poco comprometidos con la sustentabilidad, o con “egoturistas”, tal vez sería inútil intentar relaciones comerciales más equitativas visitantes-anfitriones o perseguir objetivos de conservación, pues tal vez las “preferencias” no llevan inscrita una percepción más integral de las localidades en cuanto a bienes ambientales y a las formas de vida relacionadas con su conservación. Y hasta pudiera suceder que los viajeros “crean” que pueden disfrutar todo lo que conlleva un destino porque

lo "pagan".²⁴ Sin embargo, el turismo implica una búsqueda de algo y los estudios también indican apreciaciones hacia la valoración de la pluralidad de los destinos y de los valores inscritos en los contextos locales, en cuyo caso, puede haber necesidades en los visitantes que la oferta del mercado no contempla. Por la aparente dominancia del mercado en todas las esferas de la vida, todo parece guiarse con criterios económicos, pero el ecoturismo, como agente para el crecimiento económico, el fortalecimiento sociocultural y la conservación ambiental, tendría que incorporar varias dimensiones. Éstas, en opinión de Tyler y Dangerfield (1999), lamentablemente se discuten en forma aislada: filosofía, escala, ámbito, el papel de los científicos y la racionalidad, la conservación, la relación entre sectores, el mercado y la *temporalidad*.²⁵ Abstraer estas dimensiones de la experiencia social sería el problema de las acciones en turismo dirigidas sólo hacia los beneficios económicos, porque muchas de ellas son contradictorias con aquellas.

De acuerdo con Acott, La Trobe y Howard (1998), actualmente hay mucha gente que intenta vivir estilos de vida sustentables, gente para la que el viaje significaría algo más que simple ocio, y cuyo comportamiento nos llevaría a una reflexión filosófica sobre el ser y la naturaleza. Gente así correspondería, según los autores, al *ecoturismo profundo*. Este segmento presenta: un valor intrínseco de la naturaleza; énfasis en la pequeña escala y en la identidad comunitaria; una bioética; respeto a las culturas locales; no exigencia de comodidades occidentales; reconocimiento de que los platillos tradicionales requieren alimentos producidos localmente; respeto de las relaciones entre los pueblos indígenas y su ambiente natural; reconocimiento de la necesidad de que las culturas locales florezcan, etc. En estos casos, el mercado puede no dirigirse a satisfacer las necesidades del turista, de modo que si tratáramos con ecoturistas comprometidos con todo que implican los contextos locales, o sea, con el valor heterogéneo del "ambiente", tal vez podríamos observar las siguientes situaciones como asimetrías que los visitantes podrían resentir:

k) Si se prioriza la relación comercial turista-anfitrión y los participantes se orientan a obtener una gratificación inmediata, la interacción se presta al engaño, la explotación y la desconfianza;

²⁴ Aquí tendríamos el problema de los "bienes de uso común" o "bienes públicos", frecuentemente discutido entre los especialistas en servicios ambientales. Este tipo de bienes se consideran en un apartado especial dentro de las "externalidades", porque no son exclusivos. En el caso del turismo, su uso queda abierto al público, pero al no poder asegurarse directamente su control, es previsible la generación de importantes externalidades.

²⁵ Con respecto a las *time frames* que hemos traducido como temporalidades diferentes, Tyler y Dangerfield (1999) explican que los impactos en ecoturismo tendrían que ligarse a las escalas temporal y espacial del sistema ecológico; es decir, a su resiliencia. Lamentablemente, la temporalidad económica es más corta que las ecológicas, de aquí que las acciones económicas generen disturbios en los ecosistemas.

l) Los encuentros anfitrión-turista están señalados por una relación desigual y desequilibrada. El anfitrión se siente inferior y para compensar esto, una vez percibidas las debilidades del turista, explota su aparente abundancia;

m) Los turistas, inicialmente tratados familiarmente, comienzan a ser menos bienvenidos y pasan a un trato sin obligación ni reciprocidad: el comercio, donde la hospitalidad entra en el dominio económico y el encuentro se basa en la remuneración;

n) Con el incremento de los visitantes, se produce un proceso de deshumanización en el que los residentes categorizan a los visitantes como un recurso o molestia antes que como personas;

o) La oferta turística se basa en estampas y promesas excitantes de ruptura con la vida cotidiana, cálidas playas y ambiente tropical para el individuo de ciudad o enormes ciudades comerciales-culturales para la población periférica; sin embargo, ni el turista ni ellos se benefician de este modelo que conforma escenarios, dando lugar a experiencias y conocimientos limitados. En este diseño, las representaciones carecen de capacidad para obrar experiencias auténticas;

p) El encuentro entre culturas que podría representar el turismo se desvanece con la estandarización de las diversas formas de turismo, etc. (cfr. Santana, 1997).

Estas situaciones se oponen a un entendimiento más igualitario y más respetuoso tanto de las culturas anfitrionas como de las necesidades del viajero, mientras podrían resultar en un simple arreglo contractual, intrascendente y superficial. Revisando la aportación de Cannon (2001), esto se debe a que el turista queda atrapado en una *jaula de cristal*, observando los significados de los "otros" como un texto indescifrable y confuso, en una actividad alienante de relaciones impersonales o transitorias, en la que turistas y anfitriones sufren la mercantilización de la experiencia humana. Y si se considera que un grupo cultural tendría que decidir si acepta o rechaza la entrada de otros, hasta podría suceder que algunos turistas sean *burlados*, porque tal vez su comportamiento viola el respeto personal y la confianza de aquellos a quienes visita.

Esto nos devuelve a las necesidades no "materiales" de los viajeros, y nos lleva a reflexionar qué proporción de los segmentos turísticos podríamos señalar como efectivamente "poco comprometidos" con la sustentabilidad, y qué tanto las necesidades "no materiales" de muchos turistas podrían ser satisfechas con los productos turísticos actuales. Ya que en las condiciones actuales hay una mediación mercadológica que representa los espacios turísticos abstrayendo sus elementos contextuales y conflictivos, cabría preguntarse: "si la gente supiera lo que los

especialistas en sustentabilidad [saben], y lo supieran con datos, causas y fundamento ¿acaso permitirían que todo siguiera como si nada?” (Quiroga, 2002: 134).

El turismo es un fenómeno de escala global, que además atraviesa personas, sectores, países, historias, culturas e ideologías, y que como objeto de estudio cruza los campos disciplinares (Santana, 1997: 16), y en este sentido, es un objeto similar al bienestar y a la felicidad. Sin embargo, el “mercado” puede asumir que las necesidades de los viajeros serán satisfechas con la oferta actual: viajes estandarizados; experiencias prefabricadas; anfitriones “hospitalarios” por contrato, por necesidad o por relaciones colonialistas; grandes y onerosas infraestructuras que presionan sobre los recursos naturales; culturas, otredades y etnicidades adaptadas y puestas a la venta; el mercado asume que el turista “elige” su “nivel de utilidad”, que está “perfectamente informado”, que su “utilidad” se “refleja” en “su elección”, y para satisfacer sus necesidades (de cualquier tipo), introduce mecanismos de transformación y adaptación de los espacios turísticos. Pero, ¿y si no fuera así?, ¿y si las necesidades de los viajeros no fuesen alcanzadas por los satisfactores ofrecidos?, ¿y si la oferta sólo respondiera a imperativos comerciales de las élites nacionales e internacionales, y no a necesidades profundas de la gente?

Si con respecto a muchos segmentos turísticos no podría afirmarse que tengan sensibilidad ambiental, en algunos ecoturistas hay un “razonamiento ético” y una “bioética” creciente y el manejo turístico tendría que ser capaz de reflejar estas sensibilidades (Acott, La Trobe y Howard, 1998). Basándonos en la existencia de este subsegmento, en la probable existencia de consumidores no necesariamente “perfectamente informados”, y en que la “utilidad” puede diferir de las nociones más amplias de bienestar y felicidad, podríamos suponer que muchos visitantes buscan una cosa y se conforman con otra, y que sus decisiones pudieran variar a partir de información. Para construir visiones compartidas de sociedades sustentables, Costanza *et al.* sugieren que los consumidores tendrían que hallar lo que *realmente quieren*, y diferenciarlo de aquello *con lo que se conforman*:

Cuadro 1

Realmente quiere	Se conforma con
Autoestima	Automóvil de lujo
Serenidad	Drogas
Salud	Medicina
Felicidad humana	PNB
Prosperidad permanente	Crecimiento no sustentable

Fuente: Costanza *et al.* (1999: 195).

Aunque aceptaríamos la dificultad de interpretar las necesidades profundas, podríamos suponer que en el turismo tenemos una situación semejante, en un mercado que *distancia* tales necesidades de la oferta de experiencias turísticas. Desde el punto de vista que se ha manejado, este distanciamiento o divergencia impediría que la integralidad de los valores de un destino tomen forma en la realidad local y se traduzcan en relaciones interpersonales más equitativas, más consecuentes con la conservación y de mayor entendimiento intercultural. Alcanzar estos valores implicaría por tanto, rebasar los condicionamientos del mercado actual y las asimetrías que le son propias, ir más allá de la mercantilización usual y de las relaciones desiguales, y considerar la posibilidad de que las necesidades materiales sean secundarias ante la emergencia de necesidades profundas identificables con el bienestar o la felicidad.

Combinando algunas de las necesidades mencionadas de los viajeros y otras que han detectado los especialistas,²⁶ y lo expuesto por Costanza *et al.* en el cuadro anterior, podríamos suponer que un subsegmento del segmento ecoturístico es proclive a valoraciones integrales de los destinos que visita, pero que dadas la estructura económica global en la que el fenómeno turístico queda inscrito, y la mediación del mercado, no alcanza a satisfacer sus necesidades, las cuales se traducen en las realidades locales, en asimetrías:

²⁶ Se listan como recursos turísticos: el paisaje, especies raras, estilos de vida, historia, cultura indígena, centros interpretativos y religiosos, la unicidad del lugar. Son motivaciones útiles para identificar los perfiles turísticos psicológicos: descanso y relajación, recuperación y regeneración, búsqueda de paz interna y tranquilidad, salida de la rutina, sentido de pertenencia, identidad personal y belleza mítica, reparación de las relaciones, liberación de las tensiones (Godfrey y Clarke, 2000: 66-79 y 99).

Cuadro 2. Tipos de cosas que el turismo quiere realmente y la oferta del mercado con la que se conforma

Realmente quiere (necesidades éticas, estéticas, psicológicas, sociales)	M E R C A D O	Se conforma con (la oferta del mercado)
Amor, estima social, autoestima, identidad y realización, etcétera.	T U R Í S T A	Grandes y onerosas infraestructuras turísticas; hospitalidad comercializada, encuentros basados en la remuneración, engaños, explotación, desconfianza, relaciones impersonales y transitorias, etcétera.
Serenidad, salud, escape del ambiente mundano, relajación mental, interacción social, liberación de las tensiones, ruptura de la rutina, libertad de una vida distinta, recuperación y regeneración, ambientes naturales, paisaje, especies raras, biodiversidad, valor intrínseco de la naturaleza, etcétera.	C O N S U M O	Ambientes "creados" o estereotipados, altos costos ambientales, pérdida de biodiversidad, servicios occidentales, encuentros sin reciprocidad, estandarización de las modalidades turísticas; naturaleza alterada, etcétera.
Estilos de vida, cultura indígena, centros interpretativos y religiosos, belleza mítica, tradiciones locales, etnicidad, formas de vida preindustriales, producciones y productos sustentables, patrimonio cultural de "otros", ritos, artesanía, costumbres, vestimenta tradicional, ceremonias, platillos tradicionales, pequeña escala, los otros aceptan voluntariamente a los visitantes; identidad comunitaria, etcétera.	Y S U S A S I M	Paquetes de viaje estandarizados; experiencias prefabricadas; "anacronismo"; "poblaciones dependientes"; teorías evolucionistas biológicas y sociales; asimetrías socioeconómicas; los turistas son <i>burlados</i> ; los anfitriones se sienten inferiores; relaciones humanas mercantilizadas; los <i>otros</i> son un texto indescifrable; los visitantes son un recurso o molestia; las representaciones no obran experiencias auténticas; el turismo suplanta a las actividades y productos tradicionales; la derrama económica del turista no favorece a la población local; los locales sufren inflación, dependencia y pérdida de control local; <i>efecto demostración</i> ; pérdida de agrobiodiversidad; los anfitriones se ven forzados a aceptar al turismo, etcétera.
Felicidad, fortalecimiento de los lazos familiares, paz interna, tranquilidad, reparación de las relaciones; prosperidad permanente como personas, sectores, países, culturas; <i>calidad de vida</i> , valor de uso, etcétera.	E R Í A S	Riqueza; el lujo de las vacaciones; relaciones asimétricas entre todos los estratos sociales; egoturismo; consumo conspicuo; crecimiento económico y capacidad para pagar todo tipo de servicios; crecimiento no sustentable, terciarización de las economías con mayor consumo de materiales; el turismo presiona sobre los recursos insustituibles; <i>estándar de vida</i> ; valor de cambio, etcétera.

Fuente: elaboración propia, con base en los autores mencionados.

Ya
una
de
ocu
(el
amf
que
de l
trad
en f
y He
aspe
med
prec

Esta
son
tradi
solas
un pl
paga
tendi
y por
incur
de ha
apoy
que n
hemo
incli
conju
pued

²⁷ De a
escala
saber:
¿puede
¿los pr
que cu
los con
Primer

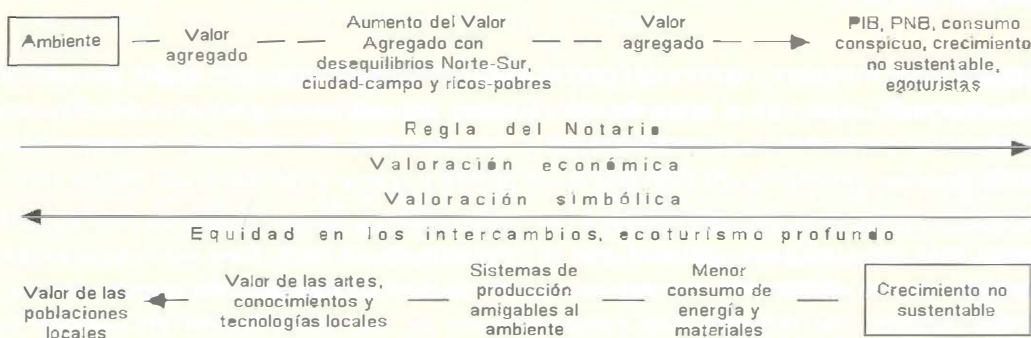
Ya que aquí no se ha pretendido eliminar las perspectivas económicas, el precio es una posibilidad para alcanzar valoraciones de los recursos que apoyen los objetivos de sustentabilidad, pero en una aplicación relacionada con los costos y beneficios ocultos. El principio precautorio a través de precios sobre el uso de los recursos (el que contamina, paga) sería un comienzo para internalizar algunos de los costos ambientales en la producción de servicios turísticos. También lo sería el principio de que "el que conserva, recibe un pago". Otra propuesta sobre precios en el contexto de los intercambios intersectoriales desiguales se debe a *Oxfam*, que propone un *fair trade* (comercio justo) que trataría de asegurar el pago, tanto directo como indirecto, en formas que garanticen el precio adecuado para productores y productos (Burns y Holden, 1995: 99). En este caso se trata de un precio que tiende a incidir sobre aspectos socioeconómicos favoreciendo a las economías locales, es por lo tanto, una medida que se dirige a equilibrar las desigualdades alterando la estructura de los precios relativos.²⁷

Estas y otras medidas a través del precio podrían considerarse adecuadas porque no son contradictorias con el resto de valoraciones del ambiente, y algunas de ellas son traducibles en costos de mantenimiento y conservación. No obstante, estas medidas solas podrían generar la idea de que todo puede pagarse o de que todo puede tener un precio, y dar la señal equivocada a los consumidores de que simplemente hay que pagar más por cualquier cantidad que se consuma de un bien. Para ser consistentes, tendrían que complementarse justamente con la idea de que no todo puede pagarse, y por lo tanto, se requiere una concienciación de los *costos ocultos* en los que se incurre al consumir o no consumir determinados bienes, y de los *beneficios ocultos* de hacer lo mismo con tales o cuales otros. Es decir, se requiere que los precios apoyen la valoración simbólica, no que la contradigan, por lo que aquellos precios que no reflejen costos ambientales y sociales tendrían que ser eliminados. Para ello, hemos sugerido el empleo en la planificación turística, de una información que podría incluirse como parte de la mercadotecnia para filtrar los perfiles deseables hacia un conjunto de elementos contextuales llamado "destino": una información clave que pueda tener sentido en el ámbito de una nueva experiencia social.

²⁷ De acuerdo con los autores, el movimiento *Oxfam* pretende asegurar que a los productores en pequeña escala se les pague un buen precio por sus productos. Los criterios para determinar este precio incluyen saber: ¿pueden los productores pagar alimentos, medicinas y otras necesidades básicas de sus familias?, ¿pueden pagar la escuela de los niños?, ¿son saludables y seguras las regulaciones del lugar de trabajo?, ¿los productores tienen seguro y pueden organizarse? Se sugiere que usando los *fair trade goods*, un café que cumpliera con esos criterios podría (ingresando a los supermercados de Gran Bretaña) hacer que los consumidores observaran la relación entre los productores del Tercer Mundo y los consumidores del Primer Mundo y observar qué tan bien se sienten con la situación existente.

Ya que tenemos un problema de falta de información estratégica sobre los procesos que afectan nuestras vidas, los ciudadanos podemos *sospechar*, pero requerimos cierta información para tener oportunidades en los procesos de decisión (Quiroga, 2002: 132), que generalmente ignoran los estados emocionales o mentales de la gente. Esta información tendría, en el campo del turismo, el papel de equilibrar la mediación del mercado turístico para permitir a los viajeros y consumidores tomar decisiones sobre sus actividades, "preferencias", incidencias. Pero no podría reducirse a precios, porque en las actuales condiciones de intercambio, los valores agregados en la Regla del Notario avanzan en una dirección y los valores simbólicos avanzan en otra (ver diagrama 6):²⁸

Diagrama 6
Valores opuestos



Aunque en razón de alcanzar un mejor entendimiento interdisciplinario, aquí se han discutido diversas temáticas, en realidad la propuesta que se ofrece es bastante simple. Junto con intercambios monetarios más equitativos entre sectores, países,

²⁸ Esto explicaría por qué el precio y el mercado no reflejan lo que se pretende que reflejen. Aparte de los ejemplos ya dados, al hablar del costo del servicio de agua, Pagiola (2003: 105) menciona *incentivos perversos* en reforestación en Costa Rica, cuando las empresas compran superficies, explotan la madera y luego solicitan créditos para reforestación. El autor precisa que la eficiencia consiste en no sólo generar altos niveles de servicios, sino en *no generarlos* cuando el valor es bajo o cuando el costo es excesivo, mientras el costo importante es *el costo de oportunidad social*, no el costo financiero. Costanza *et al.* (1999: 165 y ss.) también se refieren a este tipo de incongruencias, cuando hablan de las "trampas sociales": aquellas que se presentan cuando los incentivos que orientan los comportamientos son inconsistentes con las metas generales de un sistema (tabaquismo, drogadicción, insecticidas, la pesca en una zona de acceso abierto, las máquinas tragamonedas, etc.). En este caso, el sistema no es inherentemente sustentable y se requieren medidas para armonizar las metas con los incentivos; es decir, se debe hacer que los costos y beneficios privados reflejen costos y beneficios sociales, lo cual implicaría modificar el *sistema de reforzamiento*.

cultura
disposi
de todo
que de
visitant
diseño
lo que
señala
principi
aunque
alguna
de su e

Conclu

Un exce
ideas pa
negativ
ellas es
una rela
pues en
y se bas
conspicu
ellos, en
por lo qu
confianza
turístico
una ficció
eclipsan

Aquí se p
impregna

²⁹ De acue
occidentale
y ayudand
importante
para buscar
Además, se
consumo oc
experiencia

culturas o personas, el disfrute de los atractivos turísticos podría acompañarse de una disposición del viajero para percibir –y actuar en consecuencia– la *incommensurabilidad* de todos aquellos factores y valores relacionados con el “ambiente”, del mismo modo que de una disposición del anfitrión para proporcionar una experiencia significativa al visitante. En breve, se trataría de una especie de *pago en conciencia* incorporado en el diseño de los productos turísticos y en la *puesta en valor* de las experiencias turísticas, lo que se traduciría como la elección de los perfiles turísticos deseables. De hecho se señala que el ecoturismo tendría que definirse como un concepto *normativo* con ciertos principios, incluyendo una educación ambiental o *interpretación* (Beaumont, 2001). Y aunque la factibilidad de todo esto depende de la sensibilidad de los turistas, hay alguna evidencia de que el disfrute personal de los viajeros reside en la profundidad de su experiencia.²⁹

Conclusión

Un excelente artículo de Cannon (2001) nos da la oportunidad de integrar algunas ideas para redondear una propuesta. Este autor opina que si el turismo tiene efectos negativos sobre las culturas locales, éstos deben tener fuentes subyacentes, una de ellas es la carencia básica de *confianza* entre anfitriones y turistas. La confianza sería una relación reflexiva de *compromiso* con los “otros” con sentimientos de reciprocidad, pues en muchos casos la relación turista-anfitrión es sólo superficial y económica y se basa en la desconfianza, en el corto plazo y en el sobredespliegue del consumo conspicuo. Mientras hay negociaciones de poder dentro de los grupos sociales y entre ellos, en una relación desigual los asuntos de confianza serían también de dominación, por lo que la confianza sólo puede surgir si hay igualdad entre la gente: no puede haber confianza en la opresión. Por otra parte, ya que los involucrados en el intercambio turístico tienen necesidades y expectativas diferentes, el turismo sostenible sería una ficción si estas necesidades no se satisfacen, mientras los beneficios económicos eclipsan la sostenibilidad sociocultural.

Aquí se propone que esta falta de confianza tiene que ver con todas las asimetrías que impregnan las relaciones turista-anfitrión a nivel de localidad, sector, cultura, país, y

²⁹ De acuerdo con Acott, La Trobe y Howard (1998), en el proyecto campesino de Ladakh, los visitantes occidentales se incorporan en la vida familiar de los granjeros, cooperando en el manejo de la granja y ayudando a elevar el estatus del trabajo agrícola ante los ojos de la población local. Esto es muy importante, porque el lugar sufre despoblamiento a causa de que los jóvenes abandonan sus granjas para buscar empleos urbanos, lo que resulta en pobreza creciente y fuertes problemas de desempleo. Además, se espera que los visitantes expliquen a los anfitriones los problemas que enfrenta la cultura de consumo occidental, teniendo el papel de desmitificar la imagen de lujo y ocio que supuestamente es la experiencia de vida en los llamados “países desarrollados”.

que de ningún modo excluyen a los turistas mismos. El desarrollo de una confianza entre países, sectores, culturas y personas sería, de este modo, una condición *sine qua non* de la sustentabilidad, porque aunque los términos lingüísticos puedan variar entre las disciplinas, las asimetrías de los intercambios comerciales, tal como se han tratado aquí, señalan la depredación de los recursos naturales y culturales. Esta última estaría marcada, entonces, por una diferenciación económico-social, por lo que es entendible que los especialistas recomienden reiteradamente la educación ambiental a través del turismo, rumbo hacia la transformación comportamental de los viajeros. En este sentido, la interpretación de un contexto local por turistas tendría que *viajar* desde la escala local en la que la experiencia turística tiene lugar, hasta la importancia local, regional y global de determinados recursos, aunque quizá sólo en aquellos segmentos que puedan distinguir entre el crecimiento del PNB y sus necesidades profundas relacionadas con una noción de bienestar. Este *viaje* podría traducirse en una modificación de los patrones de consumo, en una "preferencia" por las ecotecnias pertinentes, o simplemente en la comprensión de que los sistemas económico y cultural mundiales, han desconocido la diversidad de valores de los contextos locales, con graves consecuencias. De aquí que se señale la importancia del aprendizaje en el turismo, que significaría no sólo la extinción de actitudes y comportamientos previos, sino un cambio comportamental subsecuente que se pueda manifestar en cambios afectivos y cognitivos en contextos no turísticos (Ryan, 1998).

De este modo, aquí se propone que el precio es necesario en todos aquellos casos en que los bienes no hayan sido valorados durante largo tiempo, y cuando los trabajos de conservación o mantenimiento de los recursos naturales exijan el aporte de los segmentos económicos mejor remunerados. Sin embargo, tendríamos que integrar también a los recursos culturales y sociales de los pueblos anfitriones en una nueva valoración, así como la necesidad de cubrir necesidades profundas en los visitantes, llegando a un compromiso de reciprocidad para fomentar la confianza. Por un lado, todas las artes, conocimientos locales y formas de vida que hoy tengan importancia en el cuidado ambiental o propiamente como valores culturales (gastronomía, artesanía, producción de lácteos, hortalizas y frutas orgánicas, sistemas de producción, etc.) adquirirían con ello un valor de mercado más tendiente a la equidad. Por otra parte, todas las necesidades de los visitantes relacionadas con aspectos bioéticos, reconocimiento de la necesidad de que las culturas locales florezcan, reconocimiento de la importancia de los productos locales, etc., podrían ser cubiertas en una experiencia turística más satisfactoria.

La puesta en valor de los bienes disfrutables en contextos locales dependería así de este delicado equilibrio entre las necesidades de ambos grupos en contacto. A los visitantes habría que ofrecer entonces una información desprejuiciada y orientada hacia la importancia de la pluralidad ecológica y social, mientras que a los anfitriones

habría que ofrecer información sobre las necesidades de sus visitantes, ambos grupos reconociendo la importancia del otro. Pero si esta experiencia no se acompaña de una confianza que equilibre las asimetrías socioculturales, muy posiblemente sería arrastrada por la valoración económica que se opone a la reducción del gasto de energía y materiales, y el valor heterogéneo del ambiente –que reside en las características contextuales de los ambientes locales– se perdería. Éste es un reto para los planificadores en turismo.

Bibliografía

Acevedo, Ma. G. y A. Sotelo (coords.) (2004), *Reestructuración económica y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, Centro de Estudios Latinoamericanos (Cela), México.

Acott, T. G., H. L. La Trobe y S.H. Howard (1998), "An evaluation of deep ecotourism and shallow ecotourism", *Journal of sustainable tourism*, vol. 6, núm. 3.

Altamirano, J.C. (2001), "El sistema de cuentas nacionales y el medio ambiente", en Morales, J. y Rodríguez, L. (coords.), *Economía para la protección ambiental. Ensayos teóricos y empíricos*, UAM-Azcapotzalco, México.

Altieri, M. y C. Nichols (2002), "Una perspectiva agroecológica para una agricultura ambientalmente sana y socialmente más justa en la América Latina del siglo XXI", en Leff, E., Ezcurra, E., Pisanty, I., Romero, P. (comps.), *La transición hacia el desarrollo sustentable. Perspectivas de América Latina y el Caribe*, INE-SEMARNAT, UAE, PNUMA, México.

Aitchison, C., N. MacLeod y S. Shaw (2002), *Leisure and tourism landscapes. Social and cultural geographies*, Routledge, Great Britain.

Beaumont, N. (2001), "Ecotourism and the Conservation Ethic: recruiting the uninitiated or preaching to the converted?", *Journal of sustainable tourism*, vol. 9, núm. 4.

Bejarano, J. A. (2002), "Los nuevos dominios de la ciencia económica", en *Problemas del Desarrollo*, núm, 122, jul-sep., UNAM, México.

Bishop, J. y N. Landell-Mills (2003), "Los servicios ambientales de los bosques: información general", en Pagiola, S., Bishop, J. y Landell-Mills, N. (eds.), *La venta de*

servicios ambientales forestales, Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, Instituto Nacional de Ecología, Comisión Nacional Forestal, México.

Brown, L. (2003), *Eco-economía*, Hacer, Barcelona,

Burns, P. y A. Holden, (1995), *Tourism. A new perspective*, Prentice Hall, Great Britain.

Calva, J. L., B. Palomino, B. y J.M. Navarro (coords.) (1996), *Sustentabilidad y desarrollo ambiental*, tomos I y II, Acción y Desarrollo Ecológico, A.C. (ADE), Secretaría de Medio Ambiente, Recursos Naturales y Pesca (SEMARNAP), Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Juan Pablos Editor, México.

Cannon, W. (2001), "Trust Between Culture: the tourist", *Current Issues in Tourism*, vol. 4, núm. 1.

Costanza, R., J. Cumberland, H. Daly, R. Goodland, R. Norgaard, (1999), *Una introducción a la economía ecológica*, Compañía Editorial Continental, México.

Chávez, J. (2005), *Ecoturismo TAP. Metodología para un turismo ambientalmente planificado*, Trillas, México.

Chias, J. (2005), *El negocio de la felicidad. Desarrollo y marketing turístico de países, regiones, ciudades y lugares*, Pearson Educación, S.A., Madrid.

Dornbush, R. y S. Fisher (1981), *Macroeconomía*, McGraw-Hill Latinoamericana, Colombia.

Elizalde, A. (2002), "Ética ambiental: la bioética y la dimensión humana del desarrollo sustentable. Valores y redes de solidaridad", en Leff, E., Ezcurra, E., Pisanty, I., Romero, P. (comps.), *La transición hacia el desarrollo sustentable. Perspectivas de América y El Caribe*, INE-SEMARNAT, UAM, PNUMA, México.

Frey, B. y A. Stutzer (2002), *Happiness and Economics. How the Economy and institutions affect well-being*, Princeton University Press, USA.

García, R. (1994), "Interdisciplinariedad y sistemas complejos", en *Ciencias sociales y formación ambiental*, Barcelona.

Giddens, A. (1993), *Las nuevas reglas del método sociológico: una crítica positiva de las sociologías interpretativas*, Amorrortu editores, Argentina.

Gligo
en Su
Améri

Godfr

Guima
Caribe
Ezcur
Perspe

Gutma
formac

Heade
being

Hitcho
Journal

Holder

Layard,
Genera

Leff, E.
y equit
desarro
PNUD,

XXI Edi

Leff, E.
sustenta
México

Martins
reprodu
A. (coor

Gligo, N. (1995), "Medio ambiente y recursos naturales en el desarrollo latinoamericano", en Sunkel, O. (comp.), *El desarrollo desde dentro, un enfoque neoestructuralista para la América Latina*, El Trimestre Económico, FCE, México.

Godfrey, K. y Clarke, J. (2000), *The tourism development handbook*, Continuum, London.

Guimarães, R. y A. Bárcena, (2002), "El desarrollo sustentable en América Latina y el Caribe desde Río 1992 y los nuevos imperativos de institucionalidad", en Leff, E., Ezcurra, E., Pisanty, I., Romero, P. (comps.), *La transición hacia el desarrollo sustentable. Perspectivas de América Latina y El Caribe*, INE-SEMARNAT, UAM, PNUMA, México.

Gutman, P. (1994), "La economía y la formación ambiental", en *Ciencias sociales y formación ambiental*, Barcelona.

Headey, B. y M. Wooden, (2004), "The effects of wealth and income on subjective well-being and ill-being", en *The Economic Record*, vol. 80, Special Issue, sept.

Hitchcock, M. (1999), "Tourism and ethnicity: situational perspectives", *International Journal of Tourism Research*, 1, 17-32.

Holden A. (2003), *Environment and tourism*, Routledge, London.

Layard, R. (2005), *La felicidad. Lecciones de una nueva ciencia*, Santillana Ediciones Generales, México.

Leff, E. (1996), "Economía y democracia: las alternativas para el desarrollo sustentable y equitativo", en Calva, J.L., Palomino, B., Navarro, J.M. (coords.), *Sustentabilidad y desarrollo ambiental*, tomo I, Acción y Desarrollo Ecológico, A.C. (AOE), SEMARNAP, PNUD, Juan Pablos Editor, México.

_____ (2004), *Racionalidad Ambiental, la reapropiación social de la naturaleza*, Siglo XXI Editores, México.

Leff, E. Ezcurra, I. Pisanty, P. Romero (comps.) (2002), *La transición hacia el desarrollo sustentable. Perspectivas de América Latina y El Caribe*, INE-SEMARNAT, UAM, PNUMA, México.

Martins, C. (2004), "Neoliberalismo y superexplotación: los nuevos patrones de reproducción de la fuerza de trabajo en América Latina", en Acevedo, Ma. G. y Sotelo, A. (coords.), *Reestructuración económica y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores,

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, Centro de Estudios Latinoamericanos (Cela), México.

Martínez A. J. y K. Schlüpmann (1997), *La ecología y la economía*, FCE, Colombia.

Masera, D. (2002), "Hacia un consumo sustentable", en Leff, E., Ezcurra, E., Pisanty, I., Romero, P. (comps.), *La transición hacia el desarrollo sustentable. Perspectivas de América Latina y El Caribe*, INE-SEMARNAT, UAM, PNUMA, México.

Merino, L. y G. Segura (2002), "El manejo de los recursos forestales en México (1992-2002). Procesos, tendencias y políticas públicas", en Leff, E., Ezcurra, E., Pisanty, I., Romero, P. (comps.), *La transición hacia el desarrollo sustentable. Perspectivas de América Latina y El Caribe*, INE-SEMARNAT, UAM, PNUMA, México.

Naredo, J.M. y O. Carpintero (2004), "Cuantificando la interacción entre los sistemas económicos y ecológicos: una aplicación al caso español", en Campos, P y Casado, J.M. (dirs.) *Cuentas Ambientales y Actividad Económica*, Consejo General de Colegios de Economistas de España, Madrid.

Pagiola, S. (2003), "Pago por servicios hidrológicos en Centroamérica: enseñanzas de Costa Rica", en Pagiola, S., Bishop, J. y Landell-Mills, N. (eds.), *La venta de servicios ambientales forestales*, Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, Instituto Nacional de Ecología, Comisión Nacional Forestal, México.

Pagiola, S., J. Bishop y N. Landell-Mills (eds.) (2003), *La venta de servicios ambientales forestales*, Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, Instituto Nacional de Ecología, Comisión Nacional Forestal, México.

Pagiola, S. e I. Ruthenberg (2003), "La venta de biodiversidad en una taza de café: el café de sombra y la conservación forestal en Mesoamérica", en Pagiola, S., Bishop, J. y Landell-Mills, N. (eds.), *La venta de servicios ambientales forestales*, Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, Instituto Nacional de Ecología, Comisión Nacional Forestal, México.

Puente, S. (1996), "Vulnerabilidad urbana y desarrollo sustentable", en Calva, J.L., Palomino, B., Navarro, J.M. (coords.), *Sustentabilidad y desarrollo ambiental*, tomo II, ADE, SEMARNAP, PNUD, Juan Pablos Editor, México.

Quadri, G. (1996), "Economía, sustentabilidad y política ambiental", en Calva, J.L., Palomino, B., Navarro, J.M. (coords.), *Sustentabilidad y desarrollo ambiental*, tomo I, ADE, SEMARNAP, PNUD, Juan Pablos Editor, México.

Quiroga, R. (2002), "Información y participación en el desarrollo de la sustentabilidad en América Latina", en Leff, E., Ezcurra, E., Pisanty, I., Romero, P. (comps), *La transición hacia el desarrollo sustentable. Perspectivas de América Latina y El Caribe*, INE-SEMARNAT, UAM, PNUMA, México.

Robert, J. (1992), *Ecología y tecnología crítica*, Distribuidora Fontamara, México,

Ruiz-Sandoval, D. (2001), "Comercio internacional de productos agrícolas y medio ambiente: elementos para el análisis", en Morales, J. y Rodríguez, L. (coords.), *Economía para la protección ambiental. Ensayos teóricos y empíricos*, División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM Azcapotzalco, México.

Ryan, C. (1998), "Playful tourists: constructs of learning- a commentary on Mitchell's 'Learning through play and pleasure travel: using play literature to enhance research into tourist learning'", *Current issues in tourism*, vol. 1, núm. 2.

Samuelson, P. (1980), *Economía*, McGraw-Hill, México.

Sánchez, R. (2002), "Sustentabilidad urbana, descentralización y gestión local", en Leff, E., Ezcurra, E., Pisanty, I., Romero, P. (comps.). *La transición hacia el desarrollo sustentable. Perspectivas de América Latina y El Caribe*, INE-SEMARNAT, UAM, PNUMA, México.

Santana, A. (1997), *¿Nuevas hordas, viejas culturas?*, Ariel, Barcelona.

Sotelo, A. (2004), "Mundialización, ley del valor y trabajo flexible en la era neoliberal", en Acevedo, Ma. G. y A. Sotelo (coords.), *Reestructuración económica y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI editores, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, Centro de Estudios Latinoamericanos (Cela), México.

Toledo, C. (1996), "Propuestas globales para el desarrollo rural sustentable", en Calva, J.L., Palomino, B., Navarro, J.M. (coords.), *Sustentabilidad y desarrollo ambiental*, tomo II, ADE, SEMARNAP, PNUD, México.

Tyler, D. y J. M. Dangerfield (1999), "Ecosystem tourism: a resource-based philosophy for ecotourism", *Journal of sustainable tourism*, vol. 7, núm. 2.

Vessuri, H. (2004), "La hibridización del conocimiento. La tecnociencia y los conocimientos locales a la búsqueda del desarrollo sustentable", *Convergencia*, mayo-agosto, año/vol. 11, núm. 035, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca.

Int

En
tran
edu
pro
las

Se c
tale
orga

Resp
deba
dar

Si br
sobr
es no
plant
de su

Con
forma
apren
 múlti

Este c
pero c
docen
condic

De lo
univer